LOS HOMBRES de la historia 106

La Historia Universal
a través de
sus protagonistas

Juárez

Abelardo Villegas

Centro Editor de
América Latina



En la vida de Benito Juárez confluyen dos líneas fundamentales: la cadena de los acontecimientos estelares de la historia mexicana y los episodios de su vida personal, individual.
Cuando Juárez nace en el Estado de Oaxaca en 1806, recién se iniciaba la integración del México moderno, proceso al que estaban lejos de incorporarse todavía los últimos jirones de la antigua raza zapoteca a la que él pertenecía. Puede decirse por lo tanto que Juárez vino al mundo muy lejos - en todo sentido - del foco de la historia mexicana y en condiciones más que negativas desde el punto de vista social: era indio, huérfano, pobrísimo y absolutamente ignorante. Con estos antecedentes ya hubiera sido extraordinario que llegara a ejercer la profesión de abogado como en efecto ocurrió; pero estaba destinado a papeles más altos que lo convertirían en protagonista de uno de los procesos sociales más importantes de América.
Realizador de la Reforma, su extracción indígena se convirtió en un símbolo de la capacidad de esa raza humillada para ascender por los peldaños de la civilización; y su enfrentamiento con los europeos, pareció un eco o una respuesta al lejano fenómeno de la conquista.
Fue al propio tiempo una representación de lo que podía ser el mestizaje, esto es, la incorporación del indígena a la cultura moderna.
Todo ello significaba la destrucción de la vieja sociedad colonial: de los fueros y privilegios corporativos, de los afanes monárquicos, del europeísmo anacrónico. En la medida en que han ido desapareciendo las supervivencias del México viejo, la polémica en torno a Juárez se ha venido acallando. Para los mexicanos no es ya ni el traidor apóstata ni la estatua de bronce; en la medida en que se lo ha humanizado se lo comprende mejor; en la medida en que se lo ha rescatado del acartonado santoral cívico, se lo siente más cerca del México actual. Juárez fue un hombre de su tiempo que respondió al reto de su circunstancia; es ya un hecho histórico y una advertencia para el presente. Murió el 18 de julio de 1872.

Ultimos títulos publicados en esta colección:

Este es el segundo fascículo del tomo El siglo XIX: Las revoluciones nacionales (Vol. 3). La lámina de la tapa pertenece al tomo El siglo XIX: Las revoluciones nacionales (Vol. 3) del Atlas Iconográfico de la Historia Universal.

La Editorial agradece muy especialmente al autor el material ilustrativo que ha proporcionado para el trabajo.

Piedras 83 - Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina - Printed in Argentina
Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de Sebastián de Amorrortu e Hijos S. A. - Luca 2223, Buenos Aires, en Junio de 1970.

Juárez

Abelardo Villegas

1806
Nace el 21 de marzo de 1806 en el pueblo de San Guelatao, estado de Oaxaca, hijo de Marcelino Juárez y Brígida García, indios de la raza zapoteca. Ambos mueren cuando Benito tiene tres años.

1810
En la madrugada del 16 de setiembre, el cura don Miguel Hidalgo inicia el levantamiento que se convertirá en la Revolución de Independencia.

1818
El 17 de diciembre se fuga de la casa de su tío a quien le ayudaba pastoreando un rebaño de ovejas y llega a la ciudad de Oaxaca, a la casa de don Antonio Maza, en donde su hermana, Josefa Juárez es sirvienta. Aún no habla español.

1821
Protegido por el encuadernador Antonio Salanueva, sin haber realizado prácticamente ningún tipo de estudios ingresa al Seminario en el mes de octubre. El 27 de setiembre anterior don Agustín de Iturbide y don Vicente Guerrero habían consumado la independencia de México.

1828
Un año después de haber terminado su curso de Artes en el Seminario, se separa del mismo e ingresa al recién fundado Instituto de Artes de Oaxaca para estudiar jurisprudencia.

1831
Concluye su carrera de abogado y es nombrado regidor de la ciudad de Oaxaca.

1833
Es electo diputado al congreso local del estado de Oaxaca.

1836
El presidente don Antonio López de Santa Anna pierde la guerra con el estado de Texas y éste se separa de la República Mexicana para constituirse en una nueva república.

1843
El 31 de julio Juárez se casa con doña Margarita Maza, hija de don Antonio Maza, antiguo patrón de su hermana.

1844
Es nombrado secretario de gobierno del estado de Oaxaca.

1845
Texas acepta su incorporación a los Estados Unidos.

1846
Es electo diputado al Congreso de la Unión.

1847
A principios de este año estalla la guerra entre México y los Estados Unidos por la cuestión de Texas. El 15 de setiembre las tropas norteamericanas, después de desintegrar las defensas mexicanas, ocupan la ciudad de México. El resultado constituye el desastre más grande de la historia mexicana. En los convenios llamados de Guadalupe-Hidalgo se estipula que Estados Unidos se anexa California, Nueva México, Texas y la parte de Tamaulipas al norte del río Bravo. A cambio, México recibe 15 millones de pesos de indemnización y pierde más de la mitad de su territorio.
En noviembre de ese mismo año Juárez es nombrado gobernador interino del estado de Oaxaca; reelecto en 1848, permanece cinco años en su cargo.

1853
El partido conservador se adueña del poder mediante un golpe de estado y su jefe e ideólogo don Lucas Alamán, llama a la presidencia a don Antonio López de Santa Anna para que realice el programa del partido. Es la octava presidencia de Santa Anna quien la convierte pronto en una dictadura y se adjudica el extravagante título de Alteza Serenísima. En Oaxaca, Juárez es aprehendido, acusado ser miembro prominente de los liberales moderados. Deportado a Europa, puede desembarcar en La Habana y de allí pasar a Nueva Orleáns donde se encuentran desterrados algunos de los ideólogos más destacados del Partido Liberal; entre ellos, Melchor Ocampo.

1855
Juárez regresa a México, llega a Acapulco y se pone a las órdenes de Juan Álvarez, gobernador y cacique del estado de Guerrero, quien impulsa la rebelión liberal contra el gobierno de Santa Anna y lo derroca. Álvarez se hace cargo de la presidencia y nombra un gabinete liberal; el ministerio de Justicia e Instrucción Pública es encomendado a Juárez. En noviembre se publica y se aprueba la Ley Juárez que limita la jurisdicción de los tribunales y los fueros de la Iglesia Católica y del ejército. En diciembre el general Ignacio Comonfort, el más prestigioso de los militares liberales, recibe la presidencia de Álvarez y Juárez se encarga nuevamente de la gobernación de Oaxaca.

1856
Se publica la Ley Lerdo que desamortiza las fincas urbanas y rurales del clero. Se reúne un Congreso Constituyente que elabora una constitución liberal y la promulga el 5 de febrero del año siguiente. El papa Pio IX excomulga a quienes juran fidelidad a la constitución.

1857
Juárez es electo presidente de la Suprema Corte de Justicia, funcionario que asumía la presidencia a falta del titular y es nombrado por Comonfort también ministro de Gobernación. Enfrentado a un congreso radical, Comonfort lo desconoce, da un golpe de estado y asume la dictadura.

1858
A mediados de enero, Comonfort abandona a sus compañeros conservadores del golpe de estado y huye del país dejando a Juárez como presidente legal, quien se desplaza al estado de Guanajuato mientras el general Félix Zuloaga asume la presidencia conservadora en la ciudad de México. Se inicia la llamada guerra de tres años. Perseguido por las tropas conservadoras, el gobierno de Juárez huye a Guadalajara, de allí a Colima, luego a Manzanillo, puerto en el Pacífico, se embarca a Panamá, atraviesa el estrecho, vuelve a embarcarse para Nueva Orleáns y regresa a Veracruz, principal puerto del país, situado en el golfo de México. Allí se instala y convierte a la ciudad en sede del gobierno liberal. El gobierno

conservador derrota a las tropas liberales, pero no logra tomar Veracruz; a fin de año el general Zuloaga cede la presidencia conservadora al general Miramón.

1859
El gobierno de Washington reconoce al gobierno de Juárez, en tanto el gobierno conservador se apoya en el reconocimiento de las potencias europeas, principalmente Francia, España e Inglaterra. En el mes de julio, el gobierno de Juárez promulga las leyes de reforma que nacionalizan los bienes del clero y separan en un todo a la Iglesia del Estado. Miramón contrata el empréstito Jecker por quince millones de pesos que surge más adelante como uno de los principales pretextos de la intervención francesa. El gobierno de Juárez propone el tratado Mac-Lane-Ocampo, en el que cedían derechos territoriales a los Estados Unidos.

1860
Las tropas liberales van derrotando sucesivamente a las conservadoras y recuperando el centro de la República. El 22 de diciembre Miramón es deportado en Calpulalpan y el 25, las fuerzas liberales al mando de González Ortega, ocupan la ciudad de México.

1861
En abril se inicia la guerra de secesión en los Estados Unidos. Juárez reorganiza a su gabinete con los liberales más conspicuos, y es reelecto en la presidencia. Enfrenta el problema del pago de la deuda externa tratando de saldarla con los bienes nacionalizados del clero; fracasa por completo la operación recrudeciendo las reclamaciones de las potencias europeas. El general Zuloaga organiza guerrillas conservadoras que hostilizan constantemente al gobierno. En julio, el gobierno decreta la suspensión de pagos; en octubre, Francia, Inglaterra y España suscriben la llamada Convención de Londres, por la cual se obligan a enviar tropas a México para obligar al pago de la deuda; en diciembre, desembarcan tropas españolas y luego inglesas en Veracruz.

1862
En enero llega a Veracruz la escuadra francesa y un poco después, protegido por los franceses, lo hace el general Juan N. Almonte, jefe de los conservadores que gestionan la intervención. En el pueblo de la Soledad, las tres potencias firman un tratado en el que reconocen al gobierno de Juárez y se estipulan las forman de pago de la deuda exterior. Francia desconoce el Tratado de la Soledad, pero los españoles e ingleses retiran sus tropas convirtiéndose la intervención en una empresa exclusivamente francesa. Las tropas avanzan hasta la altiplanicie pero son rechazadas el 5 de mayo en Puebla por el general Zaragoza. Las tropas francesas retroceden y ocupan el estado de Veracruz; alí permanecen el resto del año.

1863
El 6 de marzo se pone sitio nuevamente a Puebla; dos meses después, cae la plaza. En junio las tropas francesas entran a la ciudad de México. Un poco antes, el Congreso le otorga a Juárez facultades extraordinarias y amplísimas y éste, traslada su gobierno a San Luis Potosí. El mariscal Forey, jefe del ejército francés, convoca a una asamblea de notables y constituye un gobierno conservador en la ciudad de México. Una comisión se traslada a Europa y le ofrece la corona del Imperio Mexicano a Maximiliano de Habsburgo. A fines de año, el general Bazaine, que sustituye a Forey, inicia una campaña para ocupar los lugares más importantes del país y en dos meses toma Querétaro, Morelia, Guanajuato, León, Aguascalientes, Guadalajara, San Luis Potosí y desintegra lo que quedaba del ejército liberal que se convierte en una fuerza de guerrillas.

1864
El gobierno de Juárez se desplaza a Monterey, a doscientos kilómetros de la frontera con los Estados Unidos. En mayo llega Maximiliano a Veracruz y es recibido con grandes festejos en la ciudad de México. En agosto, Juárez se ve obligado a salir de Monterrey e internarse en el desierto de Mapimí; luego se instala en la ciudad de Chihuahua.

1865
La Iglesia Católica rechaza un concordato propuesto por Maximiliano. En abril se lanza un empréstito en París para apoyar el Imperio Mexicano. Una nueva ofensiva empuja, en julio, a Juárez hasta la frontera misma con los Estados Unidos. En el paso del Norte, Juárez se niega a atravesar la frontera. Termina la guerra de secesión en los Estados Unidos. En noviembre el gobierno de Washington se rehusa a reconocer al imperio. En diciembre, haciendo uso de sus facultades extraordinarias, Juárez prolonga su mandato presidencial otros cuatro años. Regresa a Chihuahua.

1866
Napoleón III trata de acelerar la repatriación de los ejércitos franceses. Al mismo tiempo los guerrilleros mexicanos comienzan a presionar con éxito en el norte del país. En julio, Prusia derrota a Austria en una guerra relámpago de diez días; como consecuencia, la situación militar de Francia queda muy comprometida y se precipita el embarco de tropas francesas, de México, a su país de origen. Se deterioran las relaciones entre Maximiliano y Napoleón III.

1867
En marzo se embarca en Veracruz el último batallón francés. Maximiliano rechaza la sugerencia de Napoleón en el sentido de que abdique y se ampara en los ejército conservadores. Se encierra con el general Miramón en la ciudad de Querétaro, pero la plaza cae el 15 de mayo. Maximiliano es capturado, procesado y ejecutado, junto con Miramón y Mejía, el 17 de junio. El 13 de julio entra Juárez a la ciudad de México que había sido capturada un mes antes por el general Porfirio Díaz. Convoca a elecciones y es reelecto, derrotando a su rival Porfirio Díaz.

1868
Actúa una oposición cada vez más decidida acusando a Juárez de continuismo.

1870
Prusia derrota a Francia y cae Napoleón III, se establecen vínculos entre el fracaso mexicano y la derrota europea.

1871
Muere Margarita, la esposa de Juárez; éste violenta el proceso electoral y es reelecto el 12 de octubre. Enfrenta a múltiples sediciones.

1872
Dominando todavía la situación, sufre un ataque cardíaco el 18 de julio; resiste conciente el choque, pero muere al filo de la medianoche.

1. Vista parcial del Mural de Diego Rivera en el lobby del Hotel del Prado. México, D. F.

En la pág. 32:

1. Fusilamiento de Maximiliano.

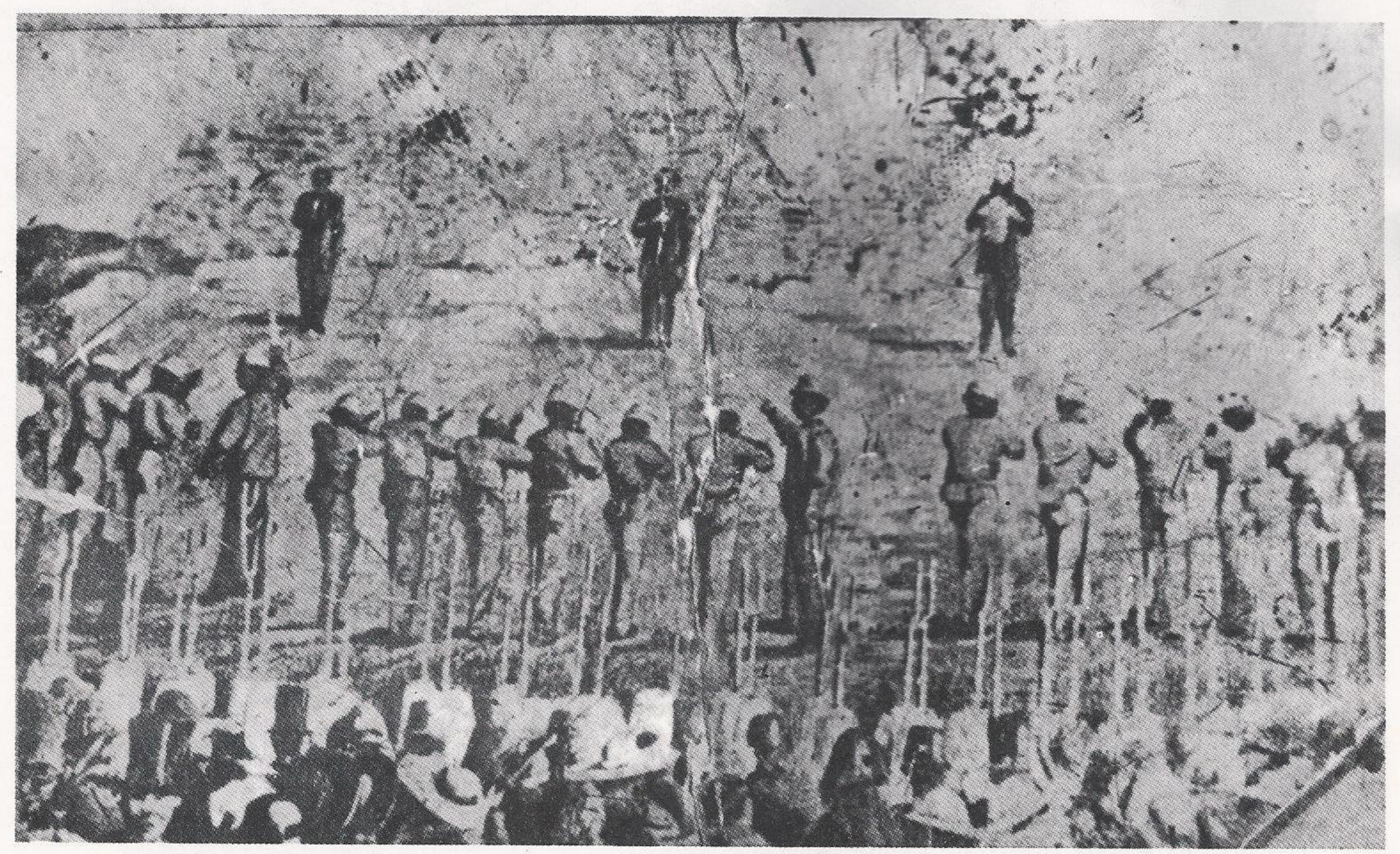
Pueden advertirse en la biografía de Benito Juárez algo así como dos líneas fundamentales que iniciándose en forma muy separada van confluyendo en un punto y luego se confunden en una sola. Una de ellas es la cadena de los acontecimientos estelares de la historia mexicana y otra la de la vida personal, individual, de Juárez. Este enunciado es algo más que una metáfora, adquiere un carácter descriptivo, directo, si se piensa que en 1806 se iniciaba apenas la integración del México moderno y que el trozo de humanidad en el seno del cual nació Juárez, los últimos jirones de la antigua raza zapoteca estaban todavía muy lejos de incorporarse a ese proceso. La mayor parte de los núcleos indígenas eran mexicanos —novohispanos más precisamente— porque vivían dentro de los límites políticos territoriales del Reino de la Nueva España, pero por su cultura, su lengua y su modo general de vivir, eran casi ajenos a lo hispánico y mucho más todavía, a lo europeo ocidental. La integración del indígena al proceso del México moderno es un fenómeno que todavía no ha terminado.

Juárez nació, pues, muy lejos del foco de la historia mexicana, a más de mil kilómetros de la capital, a más de cien de la ciudad más cercana, la ciudad de Oaxaca, en el fondo de un pozo social, en un pequeño caserío llamado San Pablo Guelatao. Los círculos concéntricos de sus calamidades fueron numerosos; era indio, era huérfano, perdió sus padres a los tres años, era pobrísimo, era absolutamente ignorante, no sabía español y en sus primeros doce años no fue a la escuela; en suma, era primitivo. Los textos escolares se recrean en la imagen idílica del pastorcillo Juárez cuidando sus ovejas, pero la verdad es que soportaba sobre sí toda la estructura social.

Si sólo hubiera salido de allí y llegado, como llegó, a ejercer su profesión de abogado en Oaxaca, ya hubiera sido extraordinario, porque la sociedad mexicana, y la de su localidad, no era nada parecida a una sociedad abierta; era estamental, extraordinariamente jerárquica, preindividualista y, en cierta medida, racista. Los criollos y los mestizos hispanizados tardaron mucho en asimilar al indígena; el vínculo que los unía era paternalista y el indio era el protegido, el humilde, el pobre, etc. Los criollos tenían una concepción mítica de las civilizaciones prehispánicas a las cuales veneraban y exaltaban, pero no relacionaban a los indígenas actuales con ese deslumbrante pasado, ni les preocupaban en forma especial. Constituían el acostumbrado sector humilde dedicado a servir en los sectores que se llamaban a sí mismas "gentes de razón" o "gentes decentes".

Cuando Benito Juárez escapa de la casa de su tío y llega a la ciudad de Oaxaca, se coloca como mozo en la casa de don Antonio Maza, en donde su hermana Josefa era sirvienta. Aún no hablaba español, pero fue tomado por cuenta de don Antonio Salanueva, encuadernador y fraile lego de la tercera orden de San Francisco. Y allí, queriendo escapar de algunas calamidades, quedó prisionero de otra. Congruentemente con su posición, Salanueva era profundamente católico y practicante, de modo que Benito se vio absorbido hasta los tuétanos por el ambiente conventual de Oaxaca. Todos los días, maestro y pupilo hacían una pequeña procesión detrás del Santísimo, se hincaban al paso del viático, encuadernaban vidas de santos y catecismos; naturalmente, al poco tiempo Juárez fue a parar al seminario. Fue éste un verdadero círculo de hierro para la conciencia y la psiquis del futuro líder del partido liberal.

A los habitantes del México moderno les cuesta trabajo imaginar los esfuerzos mentales que tuvieron que hacer, no sólo Juárez, sino casi todos los integrantes de la generación de la Reforma, para rechazar los seculares hábitos de conciencia del catolicismo viejo y para dejar de creer en la intangibilidad de la Iglesia Católica. Parejo esfuerzo les costó llegar no al ateísmo, en que sólo uno de ellos desembocó, sino a la concepción de un catolicismo moderno, coadyuvante del progreso y no rémora colonial. Juárez poco aprendió en la *Escuela Real*, apenas a leer y escribir y el Catecismo del padre Ripalda; a los niños de posición les enseñaba *el maestro* —lo cuenta él



mismo— y a los pobres el *ayudante*. Se separó de la escuela, estudió algo por su cuenta, observó que uno de los canales de fluidez social era el sacerdocio y se incorporó, como decimos, al seminario a estudiar latín y, "por supuesto, sin saber gramática castellana ni las demás materias de la educación primaria", según su propio testimonio.

Su destino parecía ser el de un cura de *misa y olla*, con apenas unos cuantos latines y no más de tres años de estudios. Pero perseveró y, ayudado por Salanueva, se esforzó: en 1828, a los 22 años, terminó su curso de artes con muchos honores. En ese mismo año el seminario sufrió una escisión y segregó un Instituto de Ciencias y Artes, también dirigido por clérigos, pero con objeto de formar abogados duchos en el derecho civil y el eclesiástico. Juárez se pasó al Instituto rechazando su futuro de clérigo y abrazó la abogacía; en 1831 concluyó su carrera y fue nombrado regidor de la ciudad. Para aquel entonces el Instituto ya tenía fama de ser un nido de liberales.

El horizonte liberal

En ese momento, con el término *liberal* se se designaba una realidad política demasiado vaga. Al consumarse la independencia en 1821, se le plantearon a la nueva nación ingentes problemas. La independencia se había iniciado como un pleito entre dos sectores sociales, designados racialmente, que constituían dos clases sociales nítidamente definidas: los criollos o hijos de españoles nacidos en México, y los peninsulares, que venían directamente de la metrópoli para ocupar los puestos más importantes de la sociedad virreinal. Con los movimientos de Hidalgo y Morelos la independencia se convirtió en algo parecido a una revolución social. Ya no se trató sólo de que los criollos desplazaran a los peninsulares, sino que al intervenir en forma masiva los peones y con ellos todo tipo de gente del pueblo, se hicieron reclamos de reparto agrario, de abolición de la esclavitud, y otras cuestiones que eran ya típicas del pensamiento ilustrado español, que resultaban, sin embargo, dinamita en la colonia. La muerte de Hidalgo y después la de Morelos significaron la pérdida de ese aspecto populista de la independencia, y su consumación y el posterior desplazamiento de los españoles ocasionaron una honda división entre los criollos mismos. Un sector de ellos —quizás el menos favorecido— constituido por profesionales, clero medio, oficialidad media, burócratas y pequeños propietarios y rancheros, no formaron un partido, es decir, un grupo organizado, con plataforma ideológica definida, sino un grupo caleidoscópico que veía en el liberalismo y en las instituciones republicanas no sólo un instrumento de regeneración nacional sino un medio particular y personal. El parlamentarismo, la estructura federal con sus gobiernos locales, sus congresos estatales, constituía el advenimiento de la democracia, del progreso social, pero también la multiplicación de los empleos, la extensión de la burocracia, el calmante para la empleomanía, mal que algunos ideólogos liberales como fray Servando Teresa de Mier y José María Luis Mora señalaron a su tiempo. Además el sistema federal, muy moderno y a la moda, encubría la muy antigua estructura de cacicazgos y feudalismos, adversa a cualquier intervención centralista modernizadora.

El otro grupo criollo —privilegiado, lo podríamos llamar— constituido por latifundistas, alto clero, oficialidad superior, altos funcionarios y también profesionales, formaban un grupo igualmente caleidoscópico, que después se denominó conservador. Habiendo heredado un *status* social importante de la organización colonial, deseaban conciliar esa herencia con las aspiraciones liberales, y por eso resultaban mucho menos revolucionarios que los otros. Desde el logro de la independencia habían propiciado la monarquía, especialmente la monarquía parlamentaria y habían solicitado un príncipe español para que gobernase al México independiente, con una solución parecida a la de Brasil. Habían apoyado después, en 1822 la institución de un Imperio Mexicano con don Agustín de Iturbide a la cabeza; en 1823 el Imperio había desaparecido e Iturbide había sido fusilado por la facción parlamentarista. Más tarde, los conservadores fueron centralistas, y luego, de acuerdo con los acontecimientos, fluctuaron del centralismo a la monarquía.

La separación entre ambos grupos no era, sin embargo, demasiado definida; había grupos intermedios y una circulación de las personas de un bando a otro. Desde el punto de vista de la política doctrinal, la monarquía constitucional, el centralismo y el federalismo, constituyen tres matices de gobierno liberal. Se podía, por lo tanto, en un momento ser partidario de una forma, y de otra en diferente circunstancia, sin salirse de la doctrina. Todos eran católicos y había cierta unanimidad en considerar al catolicismo como religión oficial. Claro que esto también tenía sus matices: podía constituirse en religión de Estado con tolerancia de otras o como la única posible. Muchos miembros de la facción liberal habían militado con los realistas en la independencia, y muchos partidarios de la independencia eran conservadores, etc.

Empero, a la luz de los acontecimientos posteriores, sí pueden distinguirse algunas diferencias básicas entre ambos grupos de mexicanos, sin que estas diferencias coincidan necesariamente con los límites de los grupos políticos en que militaban. Estas diferencias se hacen muy visibles si recurrimos a conceptos económicos y sociales más que a definiciones exclusivamente políticas.

Si bien conservadores y liberales tenían una extracción social semejante, había en sus proyectos doctrinarios algunas diferencias muy palpables en lo que respecta a la concepción de la sociedad mexicana. El doctor Mora, por ejemplo, ideólogo liberal de las primeras décadas de la república, afirmaba que habíamos heredado de España una sociedad prenacional, es decir, una sociedad estamental de corporaciones y fueros, en donde los que podrían llamarse intereses nacionales estaban trabados por fueros, excepciones, privilegios, que importaban más a los mexicanos que los derechos inherentes a una abstracta soberanía nacional. Ser militar, ser eclesiástico o pertenecer a un gremio importante, decía Mora, resultaba más importante que ser mexicano, porque la pertenencia a alguna corporación implicaba algunos beneficios concretos, más que la simple ciudadanía otorgada por una legislación que, en la realidad, no tenía raíces. Transformar esta estructura social en un sistema individualista en donde las normas democráticas se cumplieran para obtener la mayor igualdad posible, implicaba, por lo tanto, la abolición de los privilegios y fueros y el sometimiento de las corporaciones a las necesidades nacionales. Refiriéndose a la Iglesia Católica que era la corporación más importante y rica, sentenciaba Mora: "Todo mexicano debe preguntarse diariamente a sí mismo, si el pueblo existe para el Clero; o si el Clero ha sido creado para satisfacer las necesidades del pueblo." Y respecto al ejército, decía en 1837: "La República gasta catorce millones de pesos en sostener soldados que la tiranicen sin defenderla."

Junto a esta idea básica, había otra: aquella que sostenía la existencia de sectores productivos e improductivos en la sociedad y que los segundos dependían de los primeros. Los ideólogos liberales sostenían que la Iglesia, la milicia y la burocracia eran sectores muy improductivos, a pesar de que la primera fuese la entidad más rica del país. La Iglesia actuaba como banco hipotecario y había adquirido, con esos menesteres y mediante donaciones, las fincas urbanas y rurales más valiosas; mas la forma de explotación de esas fincas era bastante primitiva y los beneficios que obtenía eran muy inferiores al valor real de las mismas. Además, agobiaba a la población civil con una muy variada gama de impuestos. La milicia, o mejor dicho, la oficialidad, se sostenía mediante la leva o el reclutamiento forzoso de la gente humilde; los militares de alta graduación se pronunciaban frecuentemente contra los gobiernos locales y el nacional. Cada pronunciamiento significaba un ascenso y mayores haberes si el militar estaba en la facción victoriosa; si estaba en la derrotada, aunque no continuara en el mando, conservaba sus sueldos. El sistema de la leva era atentatorio contra las clases trabajadoras productivas y el sistema de pronunciamientos lastraba te-



1

1. Emperador Maximiliano. Óleo de A. Graefle. Castillo de Chapultepec. México, D. F.

rriblemente el erario. El gobierno, por su parte, vivía de los impuestos que cobraba sobre todo a los comerciantes, mediante un sistema muy estricto de aduanas internas y externas; además, la República había nacido pobre y con frecuencia contrataba empréstitos, en el exterior o en el interior, ofreciendo dichas aduanas como garantía, de modo que las ventas de las aduanas eran embargables.

Liquidar tales calamidades, liberar a las clases productivas de esta triple opresión era la esencia del programa liberal, así como también lo era, crear una clase burguesa que buscara las fuentes de la riqueza lejos del poder público y de los privilegios corporativos. En contraste, se puede reconstruir el programa conservador; en su facción más avanzada, los conservadores estaban de acuerdo, pero discrepaban en el modo de realizar las metas propuestas; querían una transformación sin violencia y sin aceleraciones artificiales, la creían —como dijo Lucas Alamán, el ideólogo conservador más importante— obra del tiempo y no de los cataclismos sociales. Las facciones conservadoras francamente reaccionarias defendían el *status* de la sociedad corporativa y estamental y combatían cualquier medida que menoscabara los privilegios y fueros; con frecuencia ligaban a la monarquía con estas aspiraciones y a la república con las contraria, sin advertir que una y otra podían propiciar ambos tipos de sociedades.

El conflicto con los Estados Unidos

Con sus estudios de seminario y abogacía Benito Juárez logró ascender a esta clase media de donde ambos partidos extraían sus militantes; en 1833 había ya obtenido un modesto prestigio social y fue electo diputado local a la legislatura del estado de Oaxaca. Como regidor y como diputado, Juárez aprovechaba las instituciones de la *empleomanía*; además, sin embargo, litigaba y en más de una ocasión tuvo que ceder en estos pleitos ante la influencia de la Iglesia. Incluso alguna vez fue a dar a la cárcel por haber instruido un juicio contra un párroco del pueblo de Loxicha, lo que le hizo pasar un tiempo en Tehuacán antes de regresar a su ciudad de Oaxaca para librarse de represalias. Él mismo dice que entonces percibió "de bulto" estos grandes males de la sociedad mexicana.

La República se encontraba, en ese momento, sumida en profunda anarquía; las pequeñas élites liberales y conservadoras se arrebataban mutuamente la presidencia, y por un error de óptica política, habían hecho del federalismo y el centralismo el símbolo de sus respectivas posiciones. En ese año, el vicepresidente don Valentín Gómez Farías y el doctor José María Luis Mora habían intentado la primera desamortización de los bienes del clero, pero fueron derribados por un soldado de fortuna que se llamaba Antonio López de Santa Anna. En 1835, Mora y Farías tuvieron que aban-

donar el país anatematizados por la Iglesia que los declaró culpables de haber atraído, con sus pecados, una epidemia de cólera morbo que se desató en aquel entonces para ruina de las aspiraciones liberales.
El centralismo de la presidencia de Santa Anna acarreó consecuencias funestas. Dijimos anteriormente, que en algunos casos, el federalismo estaba animado por un caciquismo celoso de sus prerrogativas, pero en el caso del estado de Texas la situación era mucho más grave, separado del centro de México por inmensos desiertos, los españoles habían sido incapaces de poblar esos territorios y habían tenido que hacer concesiones a colonos norteamericanos con la única condición —nunca respetada— de que fueran católicos. Conmovidos por las incitaciones de un político liberal que tenía allí varias propiedades, don Lorenzo de Zavala, y por las del propio Austin, los texanos se separaron al enfrentarse con el centralismo de Santa Anna, fundado además en un pronunciamiento. Santa Anna inició la campaña de Texas con los acostumbrados métodos de leva y préstamos onerosos; marchó hasta San Antonio, hizo caer al fuerte del Álamo y fusiló a todos los prisioneros que cayeron en su poder. Estos procedimientos le enajenaron completamente la voluntad de los texanos, mas prosiguió la campaña y fue derrotado y hecho prisionero en San Jacinto donde tuvo que acceder a la separación de Texas que se constituyó así en República. Esto ocurrió en los primeros meses de 1836.
Durante nueve años sobrevivió la flamante república; los políticos concientes de México pensaban que el mantenimiento de la inpendencia de Texas era la única garantía para evitar un conflicto con los Estados Unidos, que habían propiciado todo ese movimiento y que estaban poseídos de una incontenible ímpetu de expansión territorial. En 1845, el presidente y el Congreso de Washington sancionaron la anexión; tropas norteamericanas ocuparon el nuevo estado, traspasaron sus límites y penetraron en México. El conflicto con los Estados Unidos hizo patente la desunión nacional e evidenció la postergación del interés general en beneficio de los particulares. Un ejército preparado para combatir a los norteamericanos se sublevó, derrocó al presidente civil Herrera e inició un nuevo período de anarquía interna. El inevitable Santa Anna se hizo cargo nuevamente de la situación, nombró a Gómez Farías vicepresidente, y marchó a la campaña. Gómez Farías trató de incautar los bienes del clero para costear la guerra, pero el clero, propició una sublevación para recuperarlos. Santa Anna derrotado, regresó; destituyó a Gómez Farías, devolvió los bienes del clero y "organizó" la defensa con toda la ineficacia de que era capaz. Los norteamericanos avanzaron y sólo encontraron focos aislados de resistencia y algunos estados se declararon neutrales; la ciudad de México se



2

2. Emperatriz Carlota.
Óleo de A. Graefle,
Castillo de Chapultepec, México, D. F.

defendió con ahinco, pero el 15 de setiembre de 1847 las tropas norteamericanas la ocuparon y Santa Anna se dio a la fuga. Un gobierno provisional realizó tratativas con los norteamericanos y en los tratados de Guadalupe-Hidalgo se cedieron oficialmente California, Nuevo México, Texas y la parte de Tamaulipas al norte del río Bravo, o sea más de la mitad del territorio. A cambio de ello, México recibió quince millones de pesos por concepto de indemnizaciones. Durante todo este tiempo, la vida personal de Juárez registró algunos progresos importantes que contrastan con el proceso nacional, visto por muchos y con razón, como un proceso de desintegración y liquidación de la República. En 1843 se casó con doña Margarita Maza, hija de don Antonio Maza, en cuya casa había servido, en sus primeros tiempos de estancia oaxaqueña. Su casamiento con una criolla constituía, sin duda, un éxito social, y mostraba hasta dónde podía llegar un indio, si era capaz de encumbrarse de acuerdo con las concepciones jerárquicas de los criollos. Las pinturas de la época lo muestran con su corbata de moño, su levita, sus guantes blancos y su chistera. Imagen de civil próspero que no le abandonó el resto de su vida.

Un año más tarde, el aura de respetabilidad hizo posible que fuera nombrado secretario de gobierno. El gobernador era afecto a Santa Anna; los historiadores posteriores han censurado este acercamiento de Juárez al partido conservador, pero es evidente que la línea divisoria entre ambos partidos no era tan definitiva como llegó a serlo más tarde. En aquella época Juárez era un liberal moderado, lo que es casi como decir un conservador avanzado; o sea, que, como casi todos los miembros de la pequeña burguesía provinciana, pertenecía a un grupo fluctuante cuyas oscilaciones estaban marcadas por los acontecimientos. En 1845 fue electo a la Asamblea Departamental, órgano con el cual los conservadores reemplazaban al congreso. En 1846, Gómez Farías propició un motín liberal en Oaxaca, al cual Juárez se adhirió; formó parte de un triunvirato y luego fue electo diputado al nuevamente instalado Congreso de la Unión. Sus fluctuaciones personales eran las de su grupo social. La legislatura a la que pertenecía, presenció el desastre del 47 y fue impotente para frenar las incompetencias de Santa Anna quien entraba y salía de la presidencia como si fuera su casa, apoyando unas veces a los conservadores y otras, impulsando a los liberales. Aunque en el Congreso Juárez no llamó la atención más que por su mutismo, su delegación apoyó firmemente a Gómez Farías en su fallido intento de incautación de los bienes del clero. Probablemente por eso, en noviembre de 1847 fue nombrado gobernador interino de Oaxaca, cargo que desempeñó cinco años.

Juárez asumió la gobernación y preparó la defensa, pero los norteamericanos no llegaron hasta allí. El que llegó en plena fuga fue Santa Anna, pero Juárez le cerró las puertas del estado y con ello selló su destino, pues la revancha santanista lo empujaría más tarde hacia el radicalismo, expulsándolo violentamente de la respetabilidad. El propio Santa Anna, resentido, solía recordar un supuesto incidente: "Nunca me perdonó haberme servido la mesa en Oaxaca, en diciembre de 1829, con su pie en el suelo, camisa y calzón de manta, en la casa del licenciado Manuel Embides... Asombra —agregaba— que un indígena de tan baja esfera hubiera figurado en México como todos saben."

El gobierno de Juárez fue un modelo de probidad y de espíritu conciliador entre los distintos sectores, al punto que en 1848 fue reelecto prácticamente por unanimidad. Por una parte, reconoció y subrayó su origen popular, y creyó que por medio de la educación redimiría a la raza indígena aumentando en cincuenta las 475 escuelas ya existentes; subvencionó a su instituto, creándole dos filiales. Consideró que una de las calamidades de su estado era la incomunicación en que se encontraba, situación que redundaba en una economía raquítica y mandó trazar varios caminos, algunos de ellos importantes, dirigidos a los puertos del Pacífico. Sus relaciones con la Iglesia fueron bastante diplomáticas; su correspondencia con el arzobispo lo hace patente ya que el membrete de sus comunicaciones decía: *Gobierno de Oaxaca*, y el del arzobispo, *Gobierno Eclesiástico de Oaxaca*. La Iglesia colaboró en las obras sociales del gobierno, y cuando la peste asoló la región el gobernador encabezó las procesiones religiosas; apoyó, además, la censura eclesiástica de los libros.

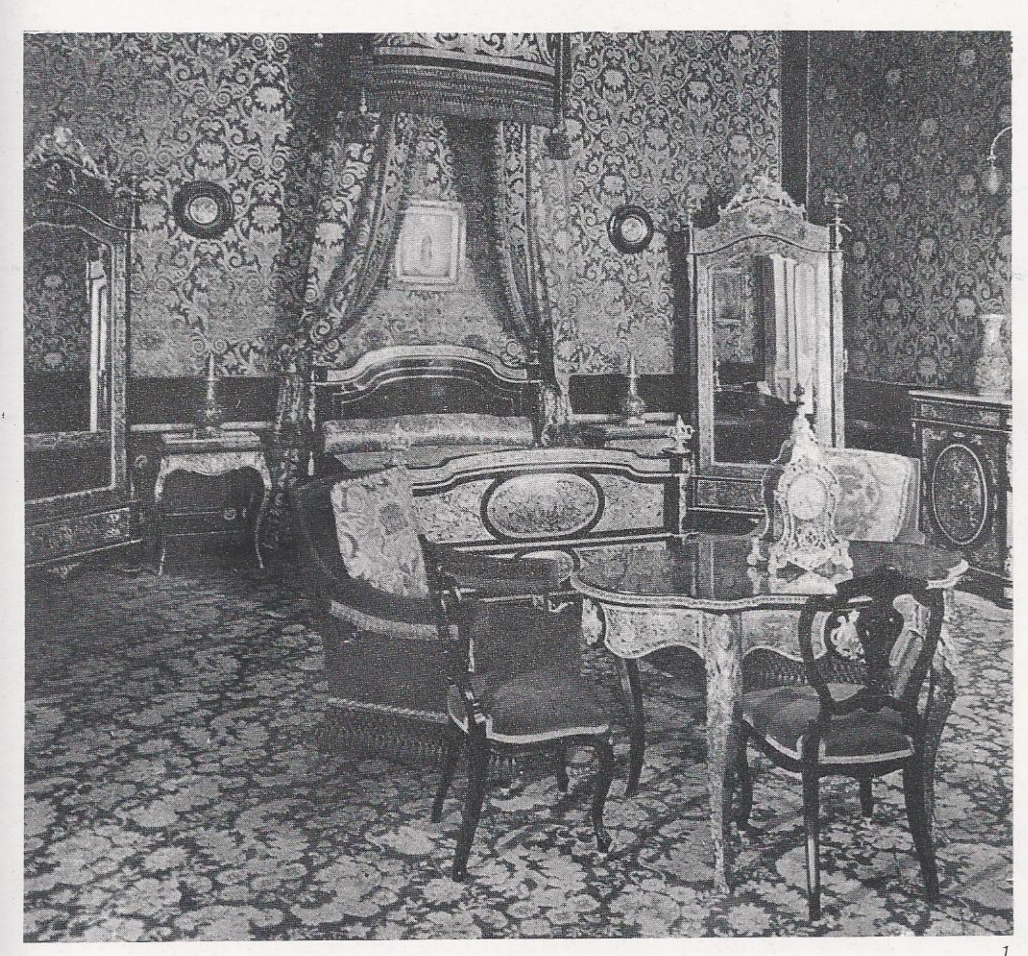
Nada extraordinario, pues, nada radical; ni reformas agrarias, ni expropiaciones, ni explosiva libertad de conciencia. Uno de los múltiples censores de Juárez resumió así la situación: "Juárez alcanzó la edad de cuarenta y seis años sin ser más que un buen hombre, un afable burócrata con inclinaciones de patriarca; una cariñosa oveja, muy apegada a su lana del rebaño del Buen Pastor... Su inteligencia era mediana, su instrucción insignificante; y, en consecuencia, en vez de adelantarse a su época, debía ser uno de sus más caracterizados moluscos."

Los podromos de la reforma

Fuera de Oaxaca la tempestad bullía; teniendo como trasfondo un federalismo inconexo e insolvente, en 1851 se produjo una polémica que sirvió de pretexto para desatar una nueva asonada conservadora. La polémica fue entre don Melchor Ocampo, ex gobernador del estado de Michoacán, y el cura de un pueblo de la misma entidad llamado Maravatío. Este cura se negó a enterrar a un pobre peón que dejó a su mujer sin recursos para pagar la cuota cobrada por el cementerio (todos los del país los manejaba le Iglesia) cuando por motivos sanitarios hubo que disponer del cuerpo, el cura le dijo a la viuda que salara y comiera la que quedaba del cadáver de su marido. Esta burla sangrienta indignó a Ocampo quien, llevando las cosas hasta sus últimas consecuencias, pidió al Congreso del estado que suprimiera la coacción civil para el cobro de impuestos eclesiásticos y de administración de sacramentos. En su iniciativa, mostraba vívidamente cómo los gastos que ocasionaban bautismos, casamientos, entierros, impedían que los campesinos y los artesanos de las ciudades cumplieran con los mismos, y cómo, en la mayoría de los casos, la gente del pueblo, para pagar, se endeudaba con los terratenientes y los prestamistas quienes la arruinaban o arraigaban de por vida en las haciendas. La carga económica que el clero hacía recaer sobre los sectores más humildes hacía más negra e irrecuperable su pobreza. El cura de Maravatío contestó acusando a Ocampo de ateo y sosteniendo el carácter espiritual de la estructura económica de la Iglesia: "Bien saben los reformadores, decía, que el medio favorito para atacar a la Iglesia es empobrecer al clero; afuera los abusos, se dice primero, y después, fuera ministros y fuera Iglesia... Vea Michoacán hasta dónde va a rematar sin pensarlo el señor Ocampo: a la *libertad de cultos*, a la *libertad de conciencia*, dos programas tan impíos como funestos que actualmente sirven de estandarte al socialismo de Europa, y que si por un castigo de Dios llegaran a cundir entre nosotros, es seguro que la devastación universal sería nuestro paradero".

Para impedir la devastación universal Lucas Alamán, a la cabeza, del partido conservador, preparó una nueva asonada y en 1853, llamó al imprescindible Santa Anna para que se hiciera cargo de la presidencia. Justificándose decía Alamán: "la revolución quien la impulsó en verdad fue el gobernador de Michoacán, con los principios impíos que derramó en materia de fe, con las reformas que intentó en los aranceles parroquiales, con las medidas alarmantes que anunció contra los dueños de los terrenos, con que sublevó al clero y propietarios de aquel Estado...". Las condiciones que Alamán exigía a Santa Anna fueron expresadas muy claramente: "estamos pues en el caso de proponer un acuerdo: "1º, intolerancia religiosa absoluta, por ser la religión el único lazo que une a los mexicanos; nada de inquisición y persecusiones, pero guerra a las obras impías; 2º, un gobierno fuerte, pero sujeto a ciertos principios y a ciertas responsabilidades; 3º, extinción completa del sistema federal y de todo lo que se llama elección popular; 4º, organización de un ejército competente para las necesidades del país; 5º, nada de Congresos. Santa Anna bien aconsejado: esa será toda la Constitución".

Pocas veces se había enunciado en forma tan suscinta y clara el programa conserva-

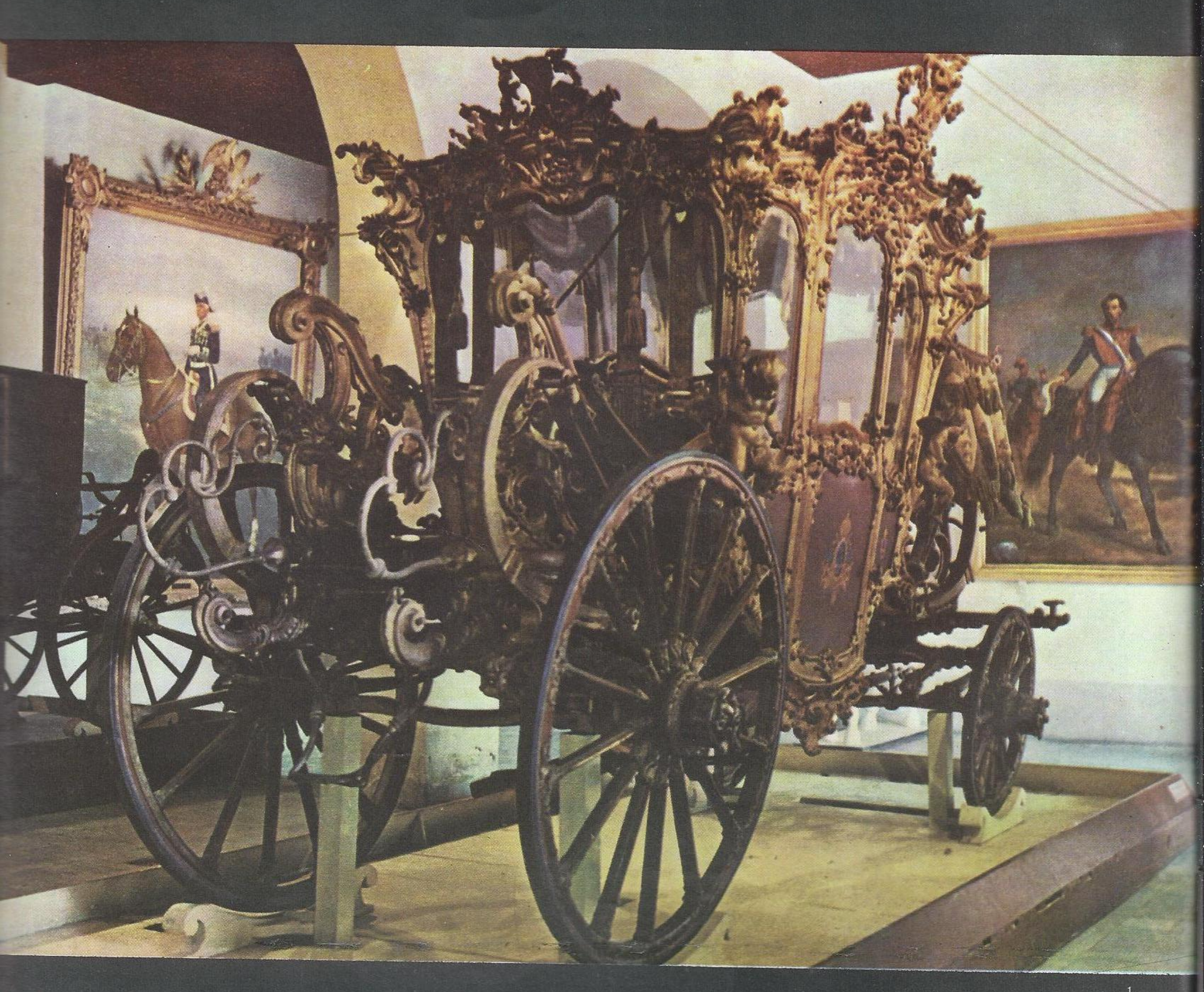


1

2

1. Recámara llamada de la emperatriz Carlota. Siglo XIX. Castillo de Chapultepec.

2. Un salón del Castillo de Chapultepec, antigua residencia presidencial, decorado y amueblado según el gusto del siglo XIX.



1. Carroza de Maximiliano.

dor; aunque, hay que aclararlo, se trataba de la fracción reaccionaria del conservadorismo que tomó para sí ese nombre y lo consagró. Santa Anna aceptó y se hizo cargo del poder condicionado. El 27 de marzo Juárez, que había terminado su gestión y vuelto a la vida privada, fue arrestado y un piquete de caballería lo escoltó hasta Jalapa, en donde pasó tres meses en prisión, luego fue trasladado al puerto de Veracruz, en donde permaneció encarcelado otros once días más; después fue embarcado sin pasaporte, pasaje y equipaje, en un paquebote británico que lo llevaría deportado a Europa.

Los pasajeros hicieron una colecta y le pagaron el pasaje hasta el primer puerto de escala. Así, pues, desembarcó en La Habana; allí recibió dinero de su familia y se trasladó a Nueva Orleáns donde se encontraba el grupo más importante de los desterrados liberales. Lo encabezaba Ocampo quien influía en todos ellos, por la firmeza y claridad de sus ideas; sin duda, influyó mucho para aclarar las del propio Juárez y fijarlo definitivamente en el radicalismo que le correspondía. Los desterrados, entre otros José María Mata y Ponciano Arriaga, además de los mencionados, sufrieron muchas penalidades por su escases de recursos. Juárez se destacó por su parquedad y por su resistencia; su origen humilde lo había acrisolado para ese tipo de sufrimientos. Vivían pensando en el regreso, pendientes de la rebelión que contra Santa Anna sostenía el gobernador del estado de Guerrero, don Juan Álvarez, viejo veterano del cura José María Morelos, soldado curtido en las largas luchas de independencia y en los muy brillantes hechos militares de don Ignacio Comonfort.

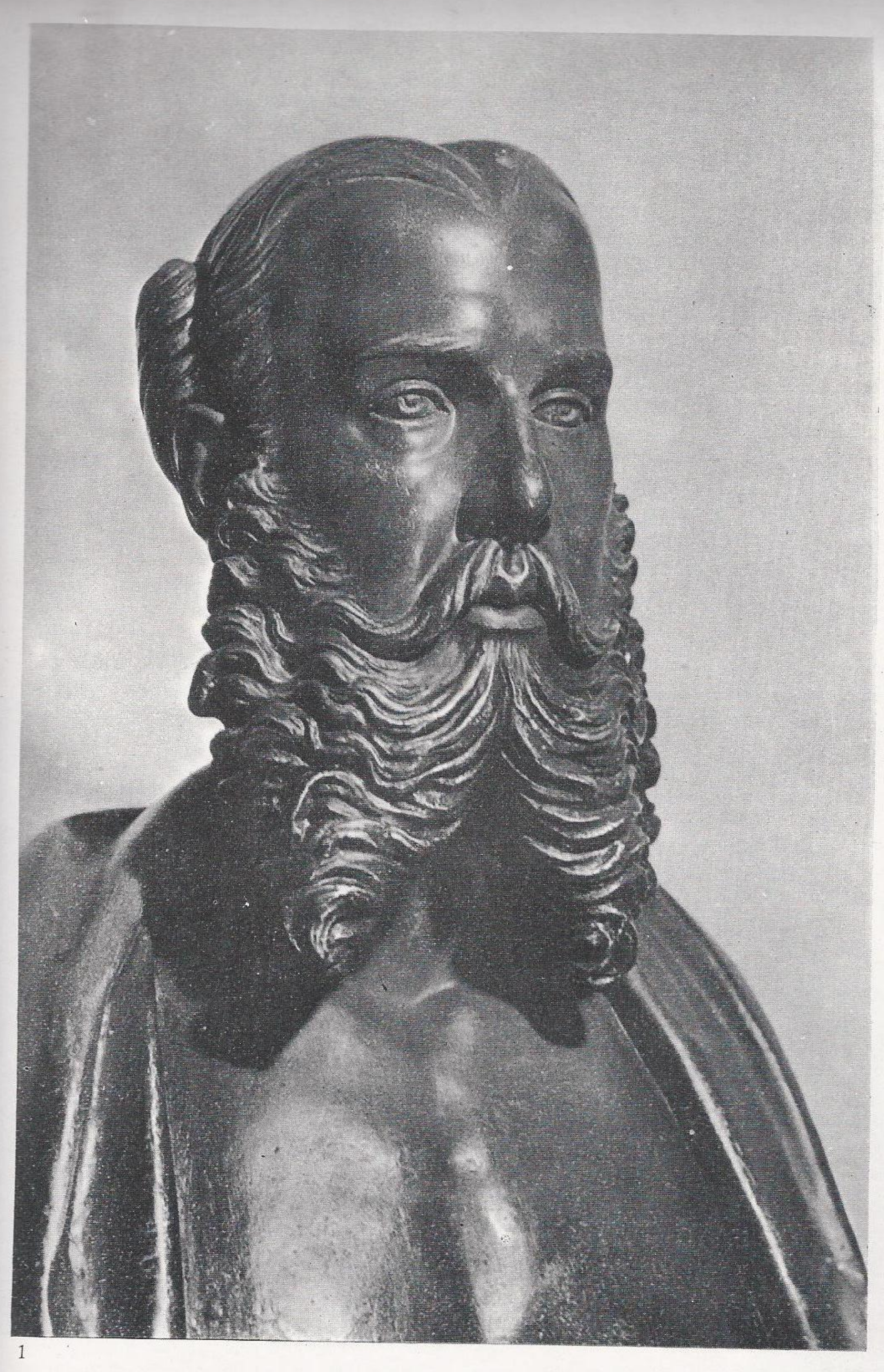
Fallecido Lucas Alamán, el gobierno de Santa Anna degeneró en un militarismo de la peor especie; él mismo se hizo llamar Alteza Serenísima, y comenzó a agobiar a los comerciantes, al pueblo, con impuestos para gastos militares y mantenimiento de una supuesta corte. Pronto, sin embargo, cundieron las rebeliones en distintas partes y al fin, a mediados de 1855 Santa Anna huyó dejando al país al borde de la anarquía.

El Estado se declaraba insolvente ante el cobro perentorio de la deuda externa, los caciques generales de distintas partes de la República querían asaltar la presidencia y reunían tropas para ello y el ejército de Santa Anna, aun estaba en pie de guerra, sin haber presentado una batalla formal. Sólo la presencia de Ignacio Comonfort, su honradez personal, y su fama bien merecida, pudo calmar ese hervidero social. Juan Álvarez subió a la presidencia y nombró ministros liberales: Comonfort en Guerra, Ocampo en relaciones, Guillermo Prieto en Hacienda y Juárez en Justicia. Los repatriados se disponían a poner manos a la obra, pero Ocampo rompió con Álvarez y sólo estuvo quince días en el gobierno.

En noviembre de ese mismo año, el ministerio de Justicia publicó una ley que inmediatamente se denominó la *Ley Juárez*. Esta ley limitaba los fueros de la Iglesia y la milicia, excluía de la jurisdicción de los tribunales de ambos sectores todo lo concerniente a asuntos civiles y mantenía sus prerrogativas únicamente en lo penal. Era una ley moderada, pero la exclusión de la Iglesia de los asuntos civiles implicaba su exclusión de asuntos en los que se manejaban bienes de particulares. Pero no fue eso, quizá, lo que impresionó sino lo fue el deterioro que sufría la Iglesia en su prestigio. El obispo de Michoacán, don Clemente Jesús Munguía, protestó utilizando los argumentos que justamente rechazaban los liberales; sostuvo que el fuero no era un privilegio, sino algo inherente a la Iglesia misma, "pues la Iglesia es una sociedad visible, como lo confiesa todo católico, y en clase de tal, no puede faltarle ninguno de los atributos constitutivos de la sociedad". Así concebida, como una sociedad aparte con sus fieles, su gobierno episcopal y papal, requería una ley interna. Además, el fuero no era entendido como una concesión a los individuos del clero sino como "el derecho que la Iglesia tiene por su misma constitución divina". El argumento contrario lo había enunciado desde hacía décadas el doctor Mora: la Iglesia es una institución civil, sus derechos y sus bienes son concesiones revocables otorgadas por la sociedad. La Iglesia, decía Mora que era doctor en teología y jesuita, sólo es intangible considerada en el ámbito estricto de su cometido espiritual.

Después de convocar a un congreso constituyente que se reuniría al siguiente año, Álvarez renunció a la presidencia y designó como sucesor a Comonfort; por su parte, Juárez regresó nuevamente, como gobernador, a Oaxaca. En junio de 1856, elaborada por don Miguel Lerdo de Tejada se promulgó la ley que llevaba su nombre. Esta ley estipulaba la desamortización de los bienes eclesiásticos; obligaba la venta de todas las fincas rurales y urbanas de las corporaciones a aquellos que las arrendaban o su remate, si no estaban arrendadas, y sólo se exceptuaban de la ley los locales en donde las corporaciones efectuaban sus actividades específicas. Desafortunadamente la fobia de los liberales a las sociedades de corporaciones aforadas los inclinó a generalizar demasiado. Definían a la corporación del siguiente modo: "Bajo el nombre de corporaciones se comprenden todas las comunidades religiosas de ambos sexos, cofradías y archicofradías, congregaciones, hermandades, parroquias, *ayuntamientos*, colegios, y en general todo establecimiento o fundación que tenga el carácter de duración perpetua e indefinida". Se prohibía a las corporaciones, la adquisición y administración de bienes raíces, exceptuando los destinados inmediata y directamente al servicio de esas instituciones. La medida era acertada en lo que se refiere a las corporaciones religiosas. La Iglesia había acaparado, a lo largo de siglos, una multitud de propiedades y como tenía expresa prohibición de enajenarlas, tales bienes habían quedado fuera de circulación indefinidamente, en virtud de la perpetuidad misma de la Iglesia. Esto era ruinoso para la economía de la nación ya que tales bienes, no eran explotados en forma intensiva, moderna, y las más de las veces ni siquiera eran explotados. La ley de desamortización obligaba a la venta, pero no enajenaba a la Iglesia el producto de la venta; en rigor, le proponía una liquidación con inmensa ventaja para ella. Lo negativo del asunto en que tales medidas se extendían también a otras corporaciones que no estaban en la misma situación de la Iglesia, entre ellas notoriamente, las propiedades rurales de los ayuntamientos y las colectivas ejidales de los pueblos de indios. Aunque en la fecha de su promulgación, la *Ley Lerdo* exceptuaba a esas corporaciones, al incorporarse la ley a la Constitución de 1857, la excepción desapareció, y una gavilla de agiotistas y de grandes hacendados, obligaron a los pueblos y ayuntamientos a vender la tierra colectiva, las más de las veces con precios irrisorios. Tales tierras colectivas, llamadas también ejidos, habían sido concedidas a los pueblos pequeños por los reyes españoles, para que tuvieran una base de subsistencia; su venta fue la ruina de los pueblos y provocó la incorporación de sus habitantes al peonaje de las haciendas. Con estas medidas, los liberales sembraron la semilla de una nueva revolución que todavía tardaría medio siglo en hacer eclosión.

La Asamblea Constituyente convocada por Álvarez promulgó el 5 de febrero de 1857 el primer código liberal. La Ley Juárez y la Ley Lerdo fueron incorporadas a la Constitución; sin embargo, esta última era un documento recargado de derechos políticos, pero carente de cimientos económicos. Ponciano Arriaga fue el único que denunció el hecho: "se proclaman ideas y se olvidan las cosas. La constitución debería ser la *ley de la tierra*; pero no se constituye ni se examina el estado de la tierra. ¿Hemos de practicar un gobierno popular, y hemos de tener un pueblo hambriento, desnudo y miserable?" La comisión dictaminadora había rechazado muchas iniciativas; "fueron desechadas, dijo Arriaga, todas las conducente a definir y fijar el derecho de propiedad, a procurar de un modo indirecto la división de los inmensos terrenos que se encuentran en poder de muy pocos poseedores, a corregir los infinitos abusos que se han introducido y se practican todos los días . . .; los ciudadanos laboriosos están condenados a ser meros instrumentos pasivos de producción, en provecho exclusivo del capitalista, sin que ellos gocen y disfruten más que de una muy ínfima parte del fruto de su trabajo . . ." etc. Arriaga clamó en el desierto, pero puso al descu-



1

1. *Maximiliano. Retrato en bronce por F. Rojo. Siglo XIX.*

bierto la contradicción liberal; se vendía la propiedad eclesiástica para que circulara el capital, pero no se reparaba en quiénes eran los beneficiarios de esa medida. Es decir, no se preveía que fuera popular, que beneficiara a la mayoría de los mexicanos. Aunque más de una vez esta idea estuvo en el tapete de la discusión.

Otros temas provocaron mayores expresiones verbales, como el de la tolerancia de cultos, en torno al cual se delimitaron con cierta claridad, las dos alas en que se encontraba dividido el congreso liberal: los moderados y los puros. El triunfo fue de los moderados, incluso en este terreno; se rechazó la tolerancia de cultos y se proclamó el catolicismo como religión de Estado con el total apoyo del nuevo presidente Comonfort. De cualquier manera, aunque el resultado fue una Constitución moderada, su promulgación levantó una ola de protestas; desde Roma, el Papa Pío IX condenó la Constitución y amenazó de excomunión a quien le jurara fidelidad. Comonfort tuvo que reprimir varias sublevaciones en el interior, y él mismo se enfrentó ante el hecho de una Constitución parlamentarista que recortaba ampliamente las prerrogativas del ejecutivo. Se espantó ante la posibilidad de que las reformas liberales provocaran un choque sangriento, y pensó que había que satisfacer las exigencias de los liberales que no chocaran abiertamente con los buenos principios conservadores, ni con las costumbres y creencias religiosas del pueblo.

En ese año de 1857, Benito Juárez fue electo Presidente de la Suprema Corte de Justicia y Comonfort le ofreció el ministerio de gobernación —tal vez con la idea de apaciguar a los *puros*— atrayéndose a uno de los que todavía no alcanzaban una relevancia definitiva. El puesto de elección era importante porque substituía al presidente si éste llegara a faltar.

Comonfort decidió terminar con esa situación peligrosa, y enterado de que un escritor conservador llamado Manuel Payno y un amigo suyo, el general Félix Zuloaga, tramaban una conspiración, entró en contacto con ellos y se adhirió a ella; su idea era dar un golpe de Estado eliminando al Congreso y asumiendo facultades extraordinarias. Y así se hizo; el presidente del Congreso fue detenido y también el flamante Presidente de la Suprema Corte de Justicia. Los resultados fueron opuestos a los que esperaba Comonfort; inmediatamente se formó una liga de estados liberales que se sublevaron y sus aliados conservadores le exigieron la derogación de toda la legislación liberal, incluyendo la ley de fueros y de desamortización. La posición moderada de Comonfort se tambaleó; el 11 de enero de 1858, Zuloaga dio un cuartelazo contra Comonfort. Éste decidió no luchar más y una madrugada abandonó la ciudad de México rumbo al extranjero; Zuloaga tomó el Palacio y la Presidencia. Antes de

huir, sin embargo, Comonfort puso en libertad a Juárez, el presidente legal según la Constitución. Éste abandonó la ciudad a pie, esquivando las escaramuzas que provocaba el levantamiento de Zuluoaga, y con su secretario Manuel Ruiz se lanzó a campo traviesa, huyendo de hacienda en hacienda, hasta tomar un coche de correo que los llevó a la ciudad de Guanajuato, una de las plazas fuertes del liberalismo.

La guerra de tres años

"Ha llegado a ésta un indio llamado Juárez, que se dice Presidente de la República", tal la voz que corrió por todo Guanajuato. Con este gesto, Juárez se hacía dueño de su destino. Dada la profunda anarquía que afligía al país, Juárez hubiera podido deshacerse de sus obligaciones legales y retirarse a la vida privada, pues un presidente que viaja en coche de correo era menos que nada en esas circunstancias. Sus antecedentes políticos casi no contaban en esa situación. La decisión de formar un gobierno en Guanajuato apenas recibió el apoyo de los gobernadores coaligados; era, sin embargo, el principio de la revolución de Reforma. "En condiciones sumamente difíciles, dijo él mismo, alcanzó el hijo de Guelatao la primera magistratura".

Formó su gabinete con Mechor Ocampo, Guillermo Prieto, poeta de fama y burócrata inveterado; León Guzmán y Manuel Ruiz. Pero no pudo estarse mucho tiempo en Guanajato; el gobierno se trasladó a Guadalajara y allí se enteraron de la derrota de las tropas liberales a manos de las conservadoras. Estas últimas, eran las que se había reforzado y reorganizado en la última presidencia de Santa Anna; contaban con generales muy jóvenes como Osollo y Miramón, verdaderos peritos en el arte de la guerra, y con antiguos generales como Zuluoaga, duchos en el arte de las sublevaciones. Colmados de bendiciones por el arzobispo Garza, salieron de México dispuestos a terminar con el gobierno liberal. La derrota de los liberales estimuló un levantamiento en Guadalajara y Juárez y su gabinete fueron hechos prisioneros en el Palacio. El edificio estaba rodeado por tropas leales y el jefe de los sublevados decidió fusilar a todo el gobierno. El episodio lo cuenta Guillermo Prieto. Se encontraban encerrado todos en un salón; Ocampo escribía sus últimas disposiciones, Juárez se paseaba silenciosamente mientras Prieto se recordaba de un fuerte golpe que le habían dado. De pronto, el salón se llenó de soldados y se oyeron las órdenes de fusilamiento. "Como tengo dicho, narra Prieto, el señor Juárez estaba en la puerta del cuarto; a la voz de *apunten* se asió al pestillo de la puerta, hizo atrás su cabeza y esperó. Los rostros de los soldados, su ademán, la conmoción misma, lo que yo amaba a Juárez . . . yo no sé, se apoderó de mi algo de vértigo, o cosa de que no me puedo dar cuenta. Rápido como el pensamiento tomé al señor Juárez de la ropa, le puse a mi espalda, le cubrí con mi cuerpo, abrí los brazos y ahogando la voz de *fuego* que tronaba en esos momentos, grité: —¡Levanten esas armas! ¡Los valientes no asesinan!—. Y hablé, hablé, yo no sé qué; yo no sé qué hablaba en mí que me ponía alto y poderoso; veía, entre una nube de sangre, pequeño todo lo que me rodeaba, sentí que lo subyugaba, que desbarataba el peligro, que lo tenía a mis pies . . . A medida que mi voz sonaba, la actitud de los soldados cambiaba. Un viejo de barbas canas que tenía enfrente y con quien me encaré diciéndole: —¿Quieren sangre? ¡Bébanse la mía!—, bajó el fusil. Los otros hicieron lo mismo. Entonces vitoreé a Jalisco. Los soldados lloraban, protestando que no nos matarían, y así se retiraron como por encanto. Juárez se abrazó a mí. Mis compañeros me rodeaban llamándome su salvador y salvador de la Reforma; mi corazón estalló en una tempestad de lágrimas".

El gobierno liberal no pudo permanecer en Guadalajara; con una pequeña escolta tuvo que viajar a Colima, luego pasó al puerto e Manzanillo donde se embarcó para Panamá. Atravesó el istmo, reembarcó para Nueva Orleáns y de ahí, viajó a Veracruz en donde el gobernador del estado, de probada fe liberal, lo acogió. Así el principal puerto del país se convirtió en la capital legal y en el foco de resistencia de los constitucionalistas. La guerra duró tres años entre ambas facciones y la crisis social que provocó, condicionó, en buena medida, la intervención europea posterior.

En lo militar la situación era la siguiente: el gobierno de Juárez en Veracruz era el foco de resistencia civil, pero no el centro de la resistencia militar. Lo que ocurría con Veracruz es que era una plaza bien fortificada y que sólo podía ser asediada en el invierno, pues en las otras estaciones, el calor es sofocante, las lluvias torrenciales y las enfermedades, especialmente el vómito negro y la fiebre amarilla estaban a la orden del día, excepción hecha de los veracruzanos que estaban relativamente inmunizados. La única posibilidad real era un ataque por mar que no pudo realizarse, en virtud de un juego de fuerzas internacionales cuya manifestación era un conjunto de varios navíos de guerra de otros países anclados a la vista del puerto.

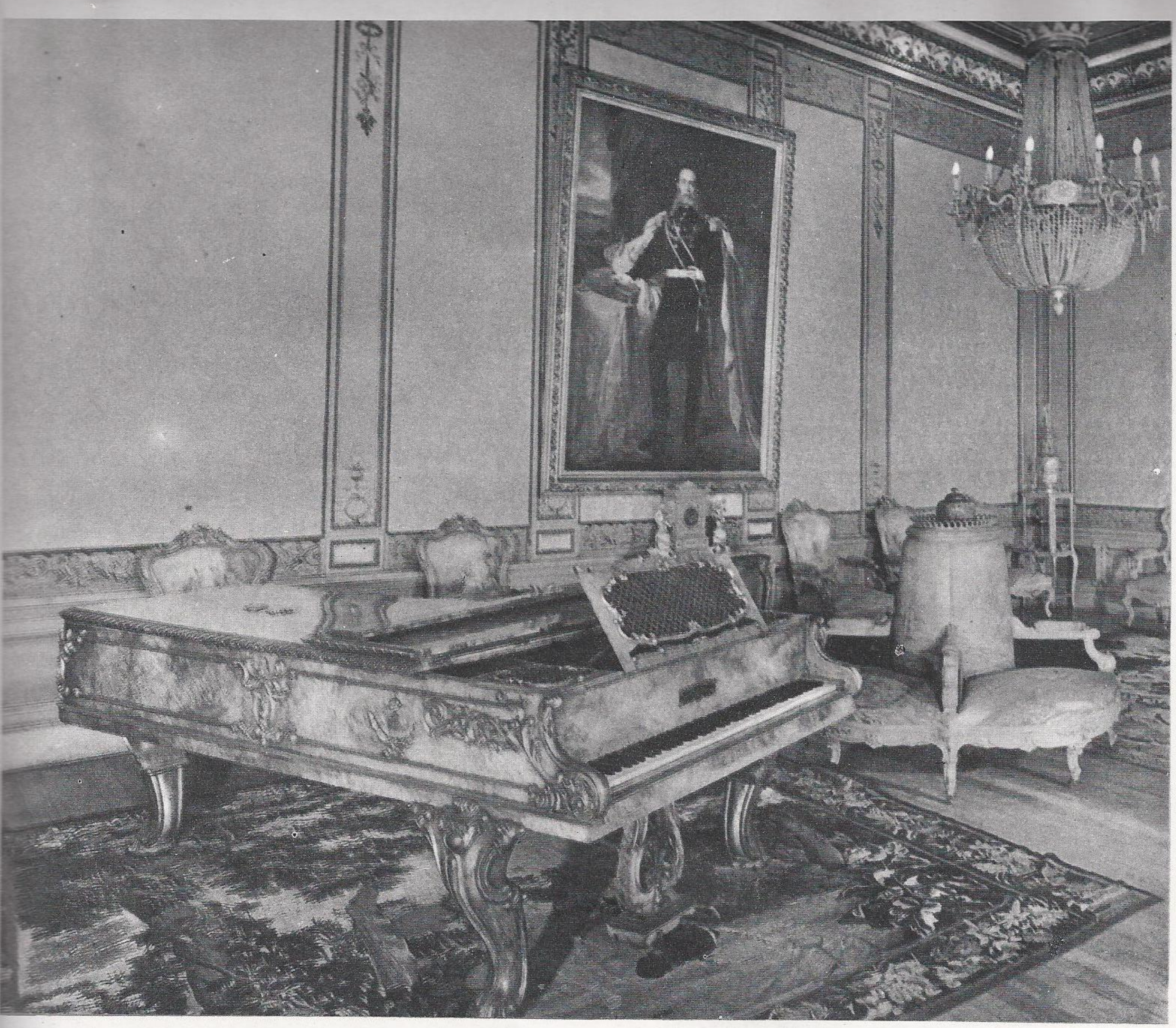
En realidad, la concentración militar de los liberales se localizaba en el centro del país, principalmente en los estados de Guanajuato y Jalisco. El foco militar de los conservadores estaba en la ciudad de México. Don Miguel Miramón, joven general que apenas llegaba a la treintena, era el jefe de las fuerzas conservadoras; su problema consistía en la imposibilidad de organizar una batida al mismo tiempo, en el centro del país y en Veracruz. Si atacaba esta ciudad, don Santos Degollado, general en jefe liberal, amagaba la ciudad de México. Si salía a batir a Degollado, como lo hizo muchas veces con magníficos resultados, el gobierno de Veracruz tenía tiempo para proceder a la reorganización. Miramón era un magnífico militar, pero dada esta situación, el problema no consistía tanto en ganar batallas —que las ganó casi todas—, sino en resistir, en reorganizarse y durar; y en eso eran maestros, Juárez y Degollado.

La base de la resistencia era económica y el país se encontraba en quiebra. Las aduanas marítimas, casi todas en manos de los liberales, gravaban la importación; el gobierno conservador, por su parte, había establecido aduanas interiores para gravar esa misma mercancía. De modo que los comerciantes acudieron al contrabando como forma natural de defensa. Las haciendas eran saqueadas por los dos bandos, y a veces por salteadores que medraban en la anarquía. La producción minera, casi toda en manos de extranjeros, salía del país en *conductas* protegidas por las banderas inglesas, francesas o norteamericanas. Los secuestros de algunas de estas *conductas*, por parte de los jefes de los bandos, complicó extraordinariamente la situación internacional. Quedaban dos recursos: los bienes de la Iglesia y los empréstitos foráneos. La Iglesia quedó atrapada entre dos fuegos; las facciones liberales saqueaban los tesoros de los templos y los malbarataban. Y por otra parte, habiendo apoyado espectacularmente a la reacción, ésta le exigía que sufragara sus gastos; su bandera "religión y fueros", se cobraba en contante y sonante. Además, a pesar de los anatemas y excomuniones, la Ley Lerdo de desamortizaciones había creado rápidamente una gran cantidad de intereses, es decir, creó una situación prácticamente irreversible.

Los ministros de las grandes potencias reconocieron inmediatamente el gobierno de Félix Zuluoaga, pero al ver que la contienda se prolongaba algunos comenzaron a arrepentirse, entre ellos, el ministro Forsyth de los Estados Unidos. A raíz de los primeros combates escribió a su gobierno: "Las administraciones mexicanas tienen muy breve vida, y la actual exhibe ya los pródromos inconfundibles de decadencia. En efecto me parece ya resuelto su destino... Yo veo los elementos visibles de un cambio próximo, y de un cambio que tiene un carácter interesante para los Estados Unidos. Aun no es tiempo para una comunicación sobre este tema. Sólo puedo decir que, si nada imprevisto ocurre para impedir esta nueva eventualidad, he tomado mis disposiciones para dominar la situación, y que el conjunto tendrá que hacer de nuestro país el árbitro indisputable de los destinos de México, si así le convenga a nuestro gobierno". El negocio que se traía entre manos Forsyth con Zuluoaga, era una proposición de compra de algunas partes del norte de México y del Istmo de Tehuantepec para asegurar el tránsito de mercancías, de un océano a otro. Un enviado de Juárez a Washington, recibió sugerencias en el







1

1. *Sala de música del siglo XIX*
con el retrato de Maximiliano por
S. Rebull según copia de Joaquín ***Ramírez****.*
Castillo de Chapultepec.

mismo sentido, como condición para el reconocimiento de Veracruz. La situación revistió carácter de urgente, porque al principio de 1859 anclaron frente a Veracruz dos flotillas, una francesa y otra británica, encargadas de cobrar los pagos atrasados de la deuda exterior. La posibilidad de una intervención europea aproximó la diplomacia norteamericana al gobierno de Juárez; el presidente Buchanan mandó un representante, Robert MacLane, para que, al mismo tiempo que frustrara esa intervención, concluyera el negocio mencionado en el cual tenía mucho empeño. Ya Forsyth había recomendado a Juárez: "Tal vez no sería inconveniente ni carente de interés que diga algo sobre el Presidente y los ministros. El Presidente es un hombre como de cuarenta y cinco años de edad, indió de pura sangre, bien versado en las leyes de su país, jurisconsulto prudente y seguro, pero político tímido y receloso; severo e incorruptible, pero de un carácter suave y benigno; en su conversación, modesto como un niño. Tiene voz en el Consejo y se le escucha con respeto, pero carece de influencia sobre los ministros y se encuentra inconscientemente quizás, bajo su dominio absoluto e ilimitado".

En esto último se equivocaba el diplomático; Juárez dejó a Ocampo, su ministro de relaciones, jugar un juego peligroso: el resultado de la visita de Mac Lane fue el reconocimiento del gobierno juarista a cambio de un tratado oneroso. El tratado MacLane-Ocampo, en sus puntos capitales, aseguraba al gobierno de Estados Unidos el derecho de paso por el Istmo de Tehuantepec en perpetuidad, una vía férrea norteamericana proyectada a través del sector noroccidental del país, así como el derecho de proteger las comunicaciones con sus propias fuerzas militares. A cambio de esto, se recibían cuatro millones de dólares. El tratado, a la postre no fue sancionado por el congreso americano ni rubricado por Juárez, pero el escándalo que se levantó, desgastó notablemente el prestigio de Ocampo obligándolo a renunciar. Lo efectivo fue el reconocimiento que resultó oportunísimo: dos embarcaciones conservadoras fletadas en Cuba con la cooperación y el beneplácito del gobierno español se acercaron para bombardear el puerto y liquidar el gobierno veracruzano, pero una corbeta norteamericana las capturó, con el pretexto de piratería, pues no se identificaron, ante las protestas de la flota europea.

El rechazo del tratado MacLane-Ocampo, por parte del Congreso americano, tuvo matices interesantes. Aparte de que ya estaba planteado el problema de la inminente guerra civil, y que era claro que los estados sureños se beneficiarían con el protectorado que implicaba el tratado, tal beneficio se veía, desde los Estados Unidos, muy atenuado; el protectorado se complicaba con el problema de la esclavitud y el de la discriminación racial. El hecho de que Juárez fuera indio producía una extraña impresión en la opinión pública norteamericana, que en términos generales rechazó el compromiso con la "población cruzada" de México, como decía un legislador, añadiendo que "Juárez y su pandilla india no sabrían gobernarse, y puestos en contacto con nuestro pueblo lo contaminarían". Además, en esos días acababan de promulgarse las leyes de Reforma que separaban al Estado y a la Iglesia, y una publicación londinense echó fuego al prejuicio racial, el *London Saturday Revue*; criticó al clero mexicano por indolente y retrógrado, pero reconoció que el dominio de la Iglesia era un bien y comparaba la situación mexicana con la rebeldía negra en Haití: "el negro haitiano, cuando la destrucción de los blancos los liberó del dominio de sus sacerdotes, volvió desde luego al culto de sus Obi . . . y al mexicano, que sea indio o cruzado, difícilmente puede toda la vigilancia de sus pastores espirituales impedir que se precipite ahora en la brujería y el fetichismo. Por consiguiente, la causa de la Iglesia Católica Romana en México es, por una vez, la causa de la civilización; y si se supiera lo cierto, se descubriría probablemente, que Juárez, panegirizado por los periódicos americanos como el antagonista liberal e ilustrado del despotismo clerical, hostiliza al clero simplemente porque mas le gustan sus sortilegios privados que la celebración de la Misa". La repugnancia del anglosajón por codearse "con aquella enorme y podrida masa de civilización malparida", tal como decía el *New York Tribune*, fue uno de los factores importantes que impidieron la ratificación del Tratado MacLane-Ocampo, salvando del descrédito absoluto al gobierno liberal.

Sin embargo, en uno y otro partido, era más importante la cuestión social que la integridad territorial. En ese año de 1859, el gobierno de Miramón que había sucedido al de Zuluoaga, emitió unos bonos para allegar fondos que fueron conocidos con el nombre de Bonos Jecker, por haber sido encargado su venta a la agencia Jecker, Torre y Cía. Esta emisión, por valor de quince millones de pesos, le ofrecía a sus tenedores los siguientes principales privilegios: les proporcionaría un 6 % anual, pagadero la mitad por la Tesorería y la mitad por Jecker, y podrían ser admitidos como pago de derechos de importación hasta por un 20 %; este privilegio se hizo extensivo a toda clase de impuestos y como toda la emisión quedó en manos de la casa Jecker, ésta quedó dueña por diez años del 20 % de las rentas del gobierno, más el 3 % de las rentas de intereses que a ese gobierno correspondían. Se calcula que los tenedores de bonos franceses se ahorraron con este contrato unos diez millones de francos por concepto de impuestos en ese año. Además, la Casa Jecker sólo llegó a pagar, a la tesorería de Miramón por las ventas de los bonos, alrededor de un millón

En las páginas centrales:

Mural de O'Gorman en la sala de la Independecia del Castillo de Chapultepec. Abarca desde los últimos tiempos de la Nueva España hasta los de don Miguel Hidalgo y don José María Morelos.

de pesos solamente. Cuando el gobierno de Miramón cayó, Juárez desconoció la transacción pero los ejércitos franceses se encargaron de cobrarla.

Antes de esto, se había firmado el tratado Mon-Almonte mediante el cual el gobierno conservador, en forma humillante, reconocía y se obligaba a pagar daños a los súbditos españoles, por los agravios inferidos en la guerra. Detrás de este convenio se encontraban las pretensiones de España de ubicar en México a un príncipe español.

Pero lo más importante de ese terrible año de 1859 fue la promulgación de las Leyes de Reforma, hecha el 7 de julio. En sustancia, esas leyes declaraban la más perfecta independencia entre los negocios del Estado y los puramente eclesiásticos; suprimían todos los conventos de hombres, así como las cofradías, hermandades y todas las corporaciones de ese tipo, cerraban los noviciados de los conventos de monjas, conservándose los que existían; nacionalizaban los bienes del clero, declarando "que han sido y son propiedades de la nación todos los bienes que hoy administran el clero regular y secular"; prohibían todo tipo de coacción civil para cumplir con las remuneraciones de los fieles a la Iglesia y proclamaban la libertad religiosa, la libertad de cultos. Además, secularizaban los cementerios, creaban el registro civil, con sus correspondientes certificaciones de nacimiento, casamiento y defunción. También se secularizaban los hospitales, etc.

La importancia de estas leyes, todavía vigentes casi todas ellas en México, no se reducía a la simple promulgación de una legislación; en realidad, la guerra había ido secularizando a la sociedad y cuando don Miguel Lerdo urgió a Juárez para que promulgara la Reforma, ya los caudillos habían dispuesto de muchos bienes eclesiásticos y algunos, ya habían establecido el registro civil y secularizado los cementerios. La idea de Lerdo era que la nacionalización se hiciera de acuerdo con un plan, y se ofreciera una parte de esos bienes a los Estados Unidos en prenda de un empréstito que permitiría ganar la guerra. Ocampo, por el contrario, pensaba que la nacionalización debía haberse luego del triunfo. Ahora ya no se trataba solamente de impedir que el clero se quedara con el producto de sus bienes, sino que también éstos eran nacionalizados. Tal procedimiento, decía Ocampo, efectuado antes de la terminación de la guerra, sólo beneficiaría a algunos agiotistas y acaparadores; la Reforma, afirmaba, puede enderezarse en beneficio de muchos, deben repartirse los bienes del clero entre un gran número de agricultores para que se logren los mismos efectos que en Francia, o sea, la creación de una clase numerosa de pequeños propietarios. Sin embargo, la motivación política privó sobre la social; las tropas liberales necesitaban haberes y avituallamiento en forma urgente, y en los cuarteles se rumoreaba que el gobierno civil de Veracruz no contribuía para nada al triunfo efectivo y que todo se reducía a programas y discusiones. Juárez se decidió por la opinión de Lerdo; las circunstancias eran en ese momento propicias, los ánimos estaban exaltadísimos y la antigua majestad de la Iglesia se había derrumbado al adherirse decididamente a uno de los contendientes. El escándalo que causó la ley Juárez no fue más que un juego de niños en contraste con la magnitud de los acontecimientos de ese momento. La nacionalización respondía a un clamor liberal que hubiera sido imposible de manifestar dos años antes. Pero aunque Ocampo era un visionario, y fue derrotado, también tenía sentido práctico y comprendía que los pagarés del empréstito norteamericano no eran nada seguros. Como tantos otros proyectos, la efectividad de las leyes de Reforma estaba condicionada por el triunfo de la causa, de modo que más tarde, los acontecimientos le dieron razón cuando los Estados Unidos negaron el ansiado empréstito.

A principios de 1860 comenzó a terminar la guerra. Un nuevo asedio de Miramón a Veracruz fracasó en parte, por la captura de los dos barcos provenientes de La Habana. De ahí tuvo que dirigirse a Guadalajara en grave peligro; varios generales liberales pudieron al fin unirse, Zaragoza, López Uraga y González Ortega. Comenzaron entonces a hacer retroceder los jirones del ejército conservador, recapturaron Guadalajara y por fin, el 22 de setiembre, Miramón fue vencido por González Ortega en Calpulalpan.

El 25 de diciembre entraron las tropas de González Ortega en la ciudad de México. La bienvenida fue tumultuosa y los festejos se prolongaron unos días. Las primeras noticias de la victoria llegaron a Veracruz cuando el Presidente asistía a la ópera, a la representación de *I Puritani*; el correo llegó hasta el palco presidencial, Juárez se puso de pie, la orquesta enmudeció, y el Presidente leyó con voz pausada el parte que anunciaba la terminación de la guerra. El público estalló en aclamaciones, los artistas entonaron ¡La Marsellesa! y Veracruz se convirtió en una fiesta. Quince días más tarde partió el Presidente a la ciudad de México y el 11 de enero de 1861 hizo su entrada a la capital de la que había huido a pie hacía ya tres años.

La intervención francesa

1861 fue el año del cometa, tan cargado de presagios como lo hubiera querido la más oscurantista de las consejas populares. El gobierno conservador se había desintegrado y Miramón había huido del país; pero Zuloaga y un feroz oficial llamado Leonardo Márquez habían constituido guerrillas que hostilizaban constantemente los centros poblados, obligando al gobierno a mantener en pie de guerra a una gran cantidad de gente, lo cual era costosísimo. Pronto cobraron las guerrillas su primera víctima de importancia; Melchor Ocampo, que se había retirado a su hacienda de Pomoca en Michoacán, fue apresado por una gavilla de Márquez, retenido unos cuantos días, fue luego ejecutado, dejándose su cuerpo pendiente de un árbol. La conmoción fue terrible en la capital; el general Santos Degollado, que se ofreció como voluntario al Congreso para batir a Márquez y vengar a Ocampo, fue también muerto en campaña, y lo mismo ocurrió con Leandro Valle, joven general de brillante historial. El Congreso radical clamaba, pues, por una campaña militar en toda forma, y los ojos de todos se volvieron hacia González Ortega, el héroe de Calpulalpan.

Contrastando con estos acontecimientos, la figura civil de Juárez aparecía un tanto opaca, ya que difícilmente podía competir en brillo con la nueva generación de militares liberales; sin embargo, convocadas las elecciones, los votos favorecieron a Juárez quien derrotó por cierto margen al propio González Ortega. Esta reelección no fue bien vista, y una fracción radical del Congreso protestó e incluso llegó a pedirle la renuncia, cosa a la que Juárez se negó sin perder la calma. Era esta calma, esta peculiar serenidad que lo caracterizaba, lo que exasperaba a los exaltados; un joven diputado, también indígena, don Ignacio Manuel Altamirano, que después se destacaría en la política y en las letras, afirmó públicamente: "Este es un voto de censura y no sólo al gabinete, sino también al Presidente de la República, porque en medio de tanto desconcierto ha permanecido firme, pero con esa firmeza sorda, muda, inmóvil que tenía el Dios Término de los antiguos. La nación no quiere esto, no quiere un guardacantón sino una locomotora. El señor Juárez, cuyas virtudes privadas soy el primero en acatar, siente y ama las ideas democráticas; pero creo que no las comprende, y lo creo porque no manifiesta esa acción vigorosa, continua, enérgica que demandan unas circunstancias tales como las que atravesamos . . . Se necesita otro nombre en el poder".

En todo caso la locomotora estaba atascada y completamente fuera de vía. Miguel Lerdo había muerto y Juárez designó a Guilermo Prieto ministro de Hacienda para que liquidara los bienes del clero y se pagara la perentoria deuda exterior. Prieto no encontró nada, ni tampoco su sucesor Iglesias; una vez examinadas escrituras, certificados, pagarés y dinero, y evaluadas las alhajas y piedras preciosas que se amontonaban en las mesas del ministerio, el erario se encontró casi tan pobre como antes. La riqueza eclesiástica había desaparecido como por ensalmo y esto no se debía a los funcionarios que eran honradísimos: el valor de los bienes había sufrido una disminución, pues se había calculado su monto en épocas de relativa normalidad, y ahora,



1. Vendedores de horchata.
Óleo de A. Arrieta, de Puebla.
Muestra las costumbres y trajes de mediados del siglo XIX.

1. *Salón de las malaquitas. Castillo de Chapultepec.*



ante un futuro incierto, los bienes raíces se devaluaban y resultaban de difícil liquidación. Además, muchas otras propiedades habían pasado a manos de particulares en virtud de las leyes de desamortización; las joyas de las iglesias habían sido robadas durante la guerra y con frecuencia se veían las pedrerías de la Virgen, de tal o cual santuario, adornando los sombreros de los guerrilleros. Por su parte, el gobierno de Veracruz, como lo aconsejaba Ocampo, había hecho considerables operaciones a precios bajísimos, entre otras razones para multiplicar los intereses particulares y hacer irreversible la desintegración de la riqueza eclesiástica. Sea como fuere, el gobierno tuvo que enfrentar nuevamente la deuda externa, agrandada por todas las depredaciones que habían sufrido las conductas extranjeras y por todos los contratos onerosos hechos en momentos de apuro. El gobierno no pudo resistir la presión, y Juárez, autorizado por el Congreso, decretó la suspensión de pagos de la deuda en julio de ese año.

Patrocinados por Inglaterra las potencias acreedoras se reunieron y firmaron la llamada Convención de Londres en la que, con el pretexto de asegurar el pago, se obligaban a enviar fuerzas suficientes a México para realizar este designio, comprometiéndose, además, a no adquirir territorio alguno ni influir en la constitución del pueblo mexicano. El peligro de esta incursión era mínimo para los europeos; transcurría el mes de octubre y en abril había estallado la guerra de secesión en los Estados Unidos. Carlos Marx, corresponsal de un periódico norteamericano, comentó el convenio de la siguiente manera: "La propuesta intervención en México de Inglaterra, Francia y España es, en mi concepto, una de las más monstruosas empresas jamás registradas en los anales de la historia internacional. Es una maquinación de auténtica fabricación Palmerstoniana, que asombra a los profanos por la insensatez del propósito y por la imbecilidad de los medios empleados, los que parecen absolutamente incompatibles con la notoria capacidad del viejo intrigante. Tres Estados se combinan para obligar a un cuarto a portarse bien, no tanto por medio de la guerra, como por una intervención autoritaria en defensa del orden. ¡Intervención autoritaria en defensa del orden! Esto es literalmente la jerga de la Santa Alianza y suena muy notable, en verdad, en los labios de Inglaterra, glorificándose del principio de la no intervención". Era del dominio público la intención francesa de capitalizar la intervención para realizar un proyecto monárquico. Tal proyecto dejaba indiferente a Inglaterra cuya deuda era la más importante de todas y databa de la década de los años veinte. España, cuyo plenipotenciario Pacheco había sido expulsado por el gobierno juarista, era acreedora mínima, pero aún existía, en su opinión pública, un vago sentimiento de



2

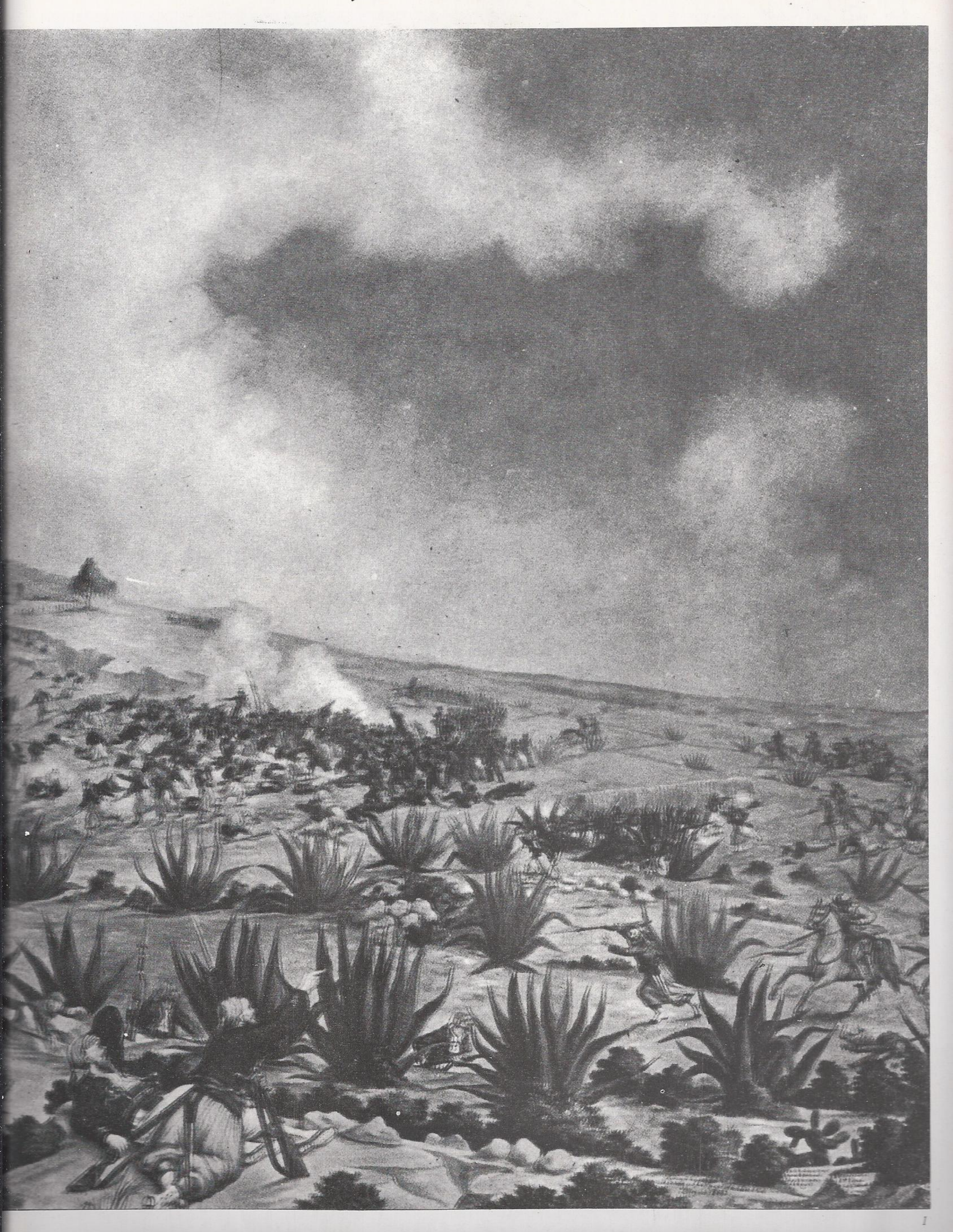
2. Carruaje en el que Juárez huyó al norte del país.



reconquista. Tal vez por ello las tropas españolas fueron las primeras en desembarcar en Veracruz, en diciembre de ese año de 1861; le siguieron las inglesas y luego, en enero de 1862, las francesas.
Un grupo de emigrados mexicanos en Europa, cercanos a la emperatriz Eugenia, lograron sugerir a Napoleón III la posibilidad de implantar una monarquía en México; el candidato más viable era el archiduque Maximiliano de Austria, dada la política de equilibrio que el propio Napoleón quería llevar a cabo con respecto a Austria, que le disputaba su predominio en Italia. Las proposiciones de los emigrados conservadores coincidieron, además, con cierto sueño nebuloso de hegemonía latina que rondaba la cabeza napoleónica. Finalmente, el monarca francés concretó sus intenciones en un documento dirigido al general Forey que comandaba la expedición a México: "Mucha gente os preguntará por qué gastamos dinero y hombres para colocar un príncipe austríaco en el trono. En el estado actual de la civilización mundial, la prosperidad de América no puede dejar indiferente a Europa, puesto que América alimenta nuestra industria y da vida a nuestro comercio. Tenemos interés en que la República de los Estados Unidos sea poderosa y fuerte; pero no tenemos ninguno en que llegue a apoderarse del Golfo de México, dominando las Antillas y la América del Sur, y a venir a ser la única dispensadora de los productos del Nuevo Mundo. Dueña de México, por consiguiente de la América Central, y del paso entre los dos océanos, no habría más potencia en América que los Estados Unidos. Si, por el contrario, México conquista su independencia y mantiene la integridad de su territorio; si por las armas de Francia se constituye allá un gobierno estable, habremos construido un dique infranqueable contra las invasiones de los Estados Unidos; habremos conservado la independencia de nuestras colonias en las Antillas y las de la ingrata España; habremos extendido nuestra influencia benéfica en el centro de la América; y esa influencia se difundirá al norte y al sur, creando inmensos mercados para nuestro comercio y asegurándonos las materias indispensables para nuestra industria".
El gobierno de Juárez no creyó oportuno defender Veracruz; las tropas evacuaron el puerto y marcharon a situarse a regiones más elevadas como Córdoba y Jalapa. Pronto los europeos calaron lo acertado de esta medida; el vómito negro y la disentería hicieron presa de la tropa. Forey trató de sacar a la tropa del puerto y cuando lo logró, se encontró con que, apenas marchados unos kilómetros, de mil doscientos hombres que llevaba apenas cincuenta le quedaban sanos. El puerto fue bloqueado por guerrillas liberales, de modo que los europeos se vieron imposibilitados de trasladar su avío de guerra por falta de mulas, que hubo de traer desde Venezuela. Todo se debía a una absoluta falta de información acerca de las condiciones del terreno mexicano.
El gobierno aprovechó esta circunstancia e invitó a los jefes de las tres expediciones a parlamentar. Lo hicieron en el pueblo llamado de la Soledad, en donde el ministro de Relaciones de Juárez, don Manuel Doblado, convenció a don Juan Prim, jefe de la expedición española y notable caudillo liberal, de la legitimidad y responsabilidad del gobierno de Juárez. Prim convenció al comisario francés Jurien y al inglés Wyke y los cuatro firmaron los Preliminares de la Soledad, en donde se convenía en pactar con Juárez, los modos pacíficos del pago de la deuda. Al desconocer los Preliminares de la Soledad el embajador Saligny, y desembarcar más tropas en Veracruz, los españoles y los ingleses acusaron a Francia de traicionar la Convención de Londres y se retiraron dejando la intervención bajo la exclusiva responsabilidad francesa.
Deseando salir cuanto antes de las regiones veracruzanas los soldados franceses avanzaron hasta la ciudad de Puebla, a cien kilómetros de la capital; allí fueron rechazados el 5 de mayo de 1862 por el general Ignacio Zaragoza, cuya tropa regular se vio auxiliada por batallones de indios zacapoaxtlas. La batalla fue menos que una derrota, pues los franceses se retiraron con todo orden, pero tuvieron que replegarse nuevamente hacia el estado de Veracruz. El contingente francés estaba indemne, pero el efecto psicológico del 5 de mayo en los mexicanos fue inmenso. Un pueblo que había sido tantas veces derrotado y humillado por el exterior, sintió un gran alivio al sentir que podía derrotar, al menos una vez, a los que con toda prosopopeya se llamaban "los mejores soldados del mundo". Forey no quiso arriesgar otro descalabro y permaneció el resto del año en el estado de Veracruz, hasta que pudo asegurar sus líneas de abastecimiento de la costa hasta la mesa central. En marzo de 1863 puso sitio nuevamente a Puebla; por su parte el gobierno mexicano había concentrado todos sus recursos y su gente en esa plaza, al mando de González Ortega. La resistencia duró dos meses y por fin cayó por hambre. González Ortega, antes de rendirse, destruyó todo el armamento e hizo jurar solemnemente a la oficialidad que en cuanto tuvieran oportunidad se volverían a reunir para luchar por la patria. Forey, conmovido, les rindió todos los honores de reglamento.
En la Capital, Juárez decidió trasladar su gobierno a San Luis Potosí para evitar la destrucción de la misma. El Congreso clausuró sus sesiones el 31 de mayo y le otorgó poderes amplísimos; el mandatario, por su parte, se comprometió a honrar la representación nacional. Una salva de artillería anunció la disolución del Congreso y el

1. Benito Juárez. Óleo de Diego Rivera.

1. Batalla del 5 de mayo de 1862. Óleo de J. Cusacchs.



pueblo se reunió frente al Palacio. A la caía del sol, el Presidente mandó arriar la bandera presenciando la ceremonia con todo su gabinete en el balcón principal; se cantó el himno nacional, la enseña fue entregada a Juárez, quien la llevó a sus labios y lanzó con voz clara y alta el grito de "¡Viva México!" y la multitud respondió al unísono. Poco después los carruajes del gobierno abandonaban la ciudad y los cónsules se fueron a Puebla a anunciarle a Forey que la capital estaba a su disposición.

Aunque Almonte, Zuloaga, el padre Miranda y otros reaccionarios volvían protegidos por los franceses, la regencia organizada por Forey mientras llegaba Maximiliano de Habsburgo buscó el apoyo de los liberales moderados y confirmó las leyes de reforma decretando que los dueños de los bienes nacionalizados continuarían disfrutándolos. Se decretó asimismo la supresión de la leva y la reestructuración del ejército mexicano, con el propósito de que a medida que el Imperio se sostuviera por sus propias fuerzas se irían retirando las tropas francesas. Se graduarían los impuestos según la fortuna de cada cual, eliminando los que pesaban sobre los artículos de primera necesidad; los agentes fiscales recibirían una remuneración adecuada y la corrupción sería severamente castigada. Un programa de esta naturaleza desarmó a muchos liberales y comprometió gravemente la existencia del gobierno de Juárez. Y para culminar, el general Bazaine, sucesor de Forey, emprendió una campaña relámpago para desalojar a los liberales de sus últimos reductos. Hacia fines de 1863, en dos meses, tomó Querétaro, Morelia, Guanajuato, León, Aguascalientes, Guadalajara y San Luis Potosí, empujando al gobierno de Juárez hasta Monterrey, a doscientos kilómetros de la frontera con los Estados Unidos.

De este modo los franceses presentaron un escenario limpio de polvo y paja a Maximiliano, hermano del emperador Francisco José de Austria y a su esposa Carlota, hija del rey Leopoldo de Bélgica, quienes llegaron en el mes de mayo de 1864, en medio de grandes festejos organizados por una clase criolla deslumbrada ante realezas "auténticas". Sin embargo, el andamiaje del flamante Imperio mexicano estaba resentido desde el principio; el Imperio heredaba las contradicciones de la República, pero agravadas. Alguien tenía que financiarlo y en abril de ese año se había lanzado un empréstito en París para dotarlo de fondos, pero como de costumbre, dicho empréstito gravaba sobre las aduanas mexicanas, condenando al Imperio a la insolvencia; más tarde se emitieron unos bonos en Londres con cuya venta se pagó parte de la deuda inglesa, y se depositó en París, una cuenta del gobierno imperial que servía como garantía de los gastos hechos por el gobierno francés en la intervención. De todo ese dinero, Maximiliano recibió sólo una mínima parte que se consumió en gastos de la nueva corte, en el mantenimiento de un cuerpo diplomático en las principales potencias europeas, en los gastos corrientes de la administración, en los emolumentos personales del emperador y los gastos de la emperatriz. Lo mismo ocurrió con un nuevo empréstito lanzado en París al principio de 1865. Por otra parte, el banquero Jecker ofreció vender al gobierno francés los derechos que había adquirido sobre el territorio del estado de Sonora, en la época del gobierno conservador, y en donde se suponía había grandes yacimientos de oro, plata, mercurio, platino y piedras preciosas. De modo que al año de vida, el Imperio estaba ya enajenado y comprometido.

Desde el norte, Juárez supo comprender bien la situación: "Maximiliano –escribía–, adoptando a medias las leyes de reforma, ha traicionado al clero y a los conservadores que lo trajeron para que les restableciera en el pleno goce de sus bienes y fueros, prerrogativas y abusos; y no ha logrado atraerse al partido nacional. Queda entregado a la acción moderada que ha perdido a todos los gobiernos . . . y que en momentos de solemne conflicto lo abandonará". Se ha desplazado a Márquez y a Miramón, y sin embargo su situación es crítica, "su presupuesto calculado económicamente, importa treinta millones de pesos y las rentas nacionales, que en tiempos de bonanza no han pasado de catorce, no llegarán ahora en los dominios del Imperio a cuatro"; el déficit era enorme y provocaría una crisis. "Este caso tiene que llegar indefectiblemente, y no muy tarde, si el archiduque no hace, como ciertamente no hará, muchos milagros como el de los cinco panes".

En esos momentos, sin embargo, la situación de Juárez era francamente desesperada; la resistencia liberal parecía quebrarse, González Ortega había huido a los Estados Unidos y desde ahí pretendía la presidencia. Manuel Doblado había muerto, su antiguo equipo se había desintegrado y sólo oficiales muy denodados como su paisano oaxaqueño Porfirio Díaz, mantenían algunas guerrillas. El jefe político de Monterrey, Vidaurri, había querido desconocerlo; Ignacio Ramírez, tribuno liberal, descansando en las costas de Guerrero, se burlaba del gobierno trashumante, y los franceses, en fin, querían hacerlo cruzar la frontera con Estados Unidos. Primero lo empujaron fuera de Monterrey y Juárez se lanzó, con su pequeña escolta, hacia el desierto de Mapimí, lo cruzó y fijó su residencia en Chihuahua; de allí fue nuevamente desalojado por los franceses, hasta que llegó a una población fronteriza llamada El Paso del Norte (hoy Ciudad Juárez). Hasta ahí no llegaron los franceses, porque el Departamento de Estado hizo saber que vería con disgusto la tropa muy cerca de la frontera. El gobernador de Chihuahua le instaba a que cruzara la línea, y Juá-

1. Benito Juárez.



1

rez le contestó: "Señor don Luis: nadie mejor que usted conoce este estado. Señáleme el cerro más inaccesible, más alto, más árido, y subiré a la cumbre y me moriré ahí, de hambre y sed, envuelto en la bandera de la República, pero sin salir de la República. ¡Eso nunca!" Fue en ese momento cuando se galvanizó su figura histórica; desde Bogotá lo declararon Benemérito de las Américas y en los poblados la gente salía a recibirlo con entusiasmo; con frecuencia, él se opuso a que le rindieran ese honor monárquico que consistía en desenganchar los caballos y tirar la gente misma de la carroza. Incluso, por esos gestos, era ya la encarnación del civilismo y del republicanismo. En El Paso, los norteamericanos cruzaban la frontera para conocerlo. Uno de ellos lo describió así: "La expresión de su semblante es simpática. Su porte el de un caballero culto y sabio, lleno de soltura y dignidad. Su conversación carece de la fluidez y vehemencia que caracterizan a los españoles. Su voz es baja y agradable, y muy a menudo se interrumpe, como pesando la impresión de sus palabras. Su indumentaria es la de un ciudadano presidente y desde el punto de vista americano, impecable: levita negra de paño ancho, chaleco de lino blanco, guantes blancos, calzado pulido".

Esta fachada impecable le sirvió, en este tiempo, para ocultar la profunda pena que le causó la pérdida de dos de sus hijos. Noticia que le llegó desde Estados Unidos donde estaba refugiada su familia. Poco tiempo, sin embargo, tenía para sus asuntos personales. En 1865, haciendo uso de sus facultades amplísimas prorrogó su mandato presidencial, a pesar de las pretensiones de Ortega, que nunca se atrevió a cruzar la frontera para disputarle el cargo, y de la protesta de Guillermo Prieto quien, completamente despistado, también creía que podía realizarse elección presidencial en esos momentos. Ese mismo año, terminó la guerra de secesión en los Estados Unidos y el gobierno de Washington se rehusó a reconocer el Imperio. Muchos creyeron que la actitud agresiva de la diplomacia americana acompañaría una ayuda efectiva, pero era evidente que el gobierno norteamericano, saliendo apenas de la hecatombe, no estaba dispuesto a un conflicto efectivo con Francia. Así lo comprendió Juárez con claridad: "Sólo sería posible una colisión con la Francia si Maximiliano o Luis Napoleón provocaran a los Estados Unidos con algunos actos hostiles; pero es lo que menos harán porque tendrían que habérselas con un coloso a quien se humillarán para complacerlo en todo, prescindiendo sin rubor de la insolencia y el orgullo con que tratan a los débiles... Nada de eso me sorprende porque hace mucho tiempo tengo la más firme convicción de que todo lo que México no haga por sí mismo para ser libre, no debe esperar, ni conviene que espere, que los otros gobiernos u otras na-



1. *Fusilamiento de Maximiliano.*

ciones hagan por él. Auxilios negativos son los únicos que puede darnos esa nación, tales como el que no reconozca el imperio de Maximiliano y que no nos fusile por la espalda, como dice Negrete que intentaban con él los confederados en Matamoros".

En 1866 comenzó a desmoronarse el Imperio; por todas las contradicciones económicas que hemos descrito, seguía gravando sobre el presupuesto francés y a Napoleón le urgía ya repatriar sus soldados. Pero a medida que los franceses se retiraban, las localidades iban siendo ocupadas por guerrilleros liberales. En julio, Prusia derrotó en una guerra relámpago de diez días a Austria, rompiendo el equilibrio europeo, Napoleón aceleró la partida de México y en marzo de 1867, se embarcó el último soldado francés en Veracruz. A medida que Francia se retiraba, se iban deteriorando las relaciones entre Maximiliano y Napoleón III; el primero se sentía traicionado y el segundo lo acusaba de ineptitud por no haber podido organizar el Imperio en tres años. La emperatriz Carlota regresó a Francia para gestionar una demora en la retirada, pero fracasó en su intento, a pesar de que llegó a conmover a Napoleón hasta las lágrimas, según expresión de ella misma. Luego viajó al Vaticano a implorar la intercesión papal, pero el liberalismo de Maximiliano había molestado a la Iglesia, que le había rechazado un concordato en 1865; ante el fracaso de sus esfuerzos le dio un ataque de nervios, en presencia del Papa, y allí mismo perdió la razón. Definitivamente enloquecida, fue llevada a Bélgica por su hermano.

En México, Maximiliano rechazó una sugerencia de abdicación que le hacía Napoleón y se encerró con Márquez y Miramón en la ciudad de Querétaro, pero la plaza cayó el 15 de mayo. Márquez huyó antes, pero Miramón, Mejía y Maximiliano fueron capturados, sometidos a un consejo de guerra y condenados a muerte. La sentencia conmovió profundamente a los mexicanos y a los europeos. Todos o casi todos se dirigieron a Juárez para que conmutara la pena, pero éste la consideró necesaria para la futura tranquilidad de la República y negó la petición. La ejecución se llevó a efecto el 17 de junio en el Cerro de las Campanas, a la salida de la ciudad de Querétaro. Ante el pelotón de ejecución, Maximiliano, que le había cedido el centro a Miramón, dijo con voz tranquila: "Muero por una causa justa, la causa de la libertad y la independencia de México". Y agregó: "¡Que mi sangre ponga coto a las desgracias de mi nueva patria! ¡Viva México!"

Consideraciones finales

Juárez sobrevivió cinco años más al infortunado emperador y, mediante reelecciones muy discutidas, conservó la presidencia hasta su muerte. En esos cinco años su destino personal y el de la nación volvieron a separarse nuevamente. Hasta el último momento fue objeto de discusiones e impugnaciones, pero a su muerte se comenzó a vislumbrar la magnitud de su obra. La Reforma fue obra de toda una generación, pero Juárez fue su realizador más tenaz, más perseverante. Otros, como Lerdo y Ocampo, eran más cultos y más inteligentes, Zarco y Ramírez brillaban en la tribuna frente a un presidente que era todo mutismo, Zaragoza, González Ortega y Porfirio Díaz eran los vencedores de las batallas, pero Juárez fue la organización y la continuidad de todo ese esfuerzo. Los liberales, decía Guillermo Prieto, estaban acostumbrados a escribir prólogos a las obras inconclusas; Juárez perseveró y triunfó cuando ya todo el mundo se había rendido.

Su extracción indígena se convirtió en un símbolo. En un símbolo de la capacidad de esa raza humillada para ascender por los peldaños de la civilización; y su enfrentamiento con los europeos, pareció un eco o una respuesta al lejano fenómeno de la conquista. Fue al propio tiempo una representación de lo que podía ser el mestizaje, esto es, la incorporación del indígena a la cultura moderna.

Todo ello significaba la destrucción de la vieja sociedad colonial: de los fueros y privilegios corporativos, de los afanes monárquicos, del europeísmo anacrónico. Se liquidaban esos males, aunque se diera lugar a otros, pues ninguna solución histórica es absoluta, a riesgo de detener la historia misma. En la medida en que han venido desapareciendo las supervivencias del México viejo, la polémica en torno a Juárez se ha venido acallando. Para los mexicanos no es ya ni el traidor apóstata ni la estatua de bronce; en la medida en que lo humanizamos, lo vamos comprendiendo mejor; en la medida que lo rescatamos del acartonado santoral cívico, lo vamos sintiendo más cerca de nosotros. Fue un hombre de su tiempo, que respondió al reto de su circunstancia; es ya un hecho histórico y una advertencia para el presente.

Bibliografía

Francisco Bulnes, *Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma*, Antigua Imprenta Murguía, México, 1905; Gobiernos de Comonfort y Juárez, *Leyes de Reforma*, Empresas Editoriales, S.A., México, 1955; Benito Juárez, *Apuntes para mis hijos*, edición facsimilar de la Secretaría de Hacienda y Crédito Público, México, 1958; José Luis Mora, *Obras sueltas*, Editorial Porrúa, México, 1963; Ralph Roeder, *Juárez y su México*, Secretaría de Hacienda y Crédito Público, México, 1952, 2 tomos; Justo Sierra, *Juárez, su obra y su tiempo*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1948; *La evolución política del pueblo mexicano*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1948.